
HARLEQUIN
Bianca
Miranda Lee
Venganza Secreta

Venganza secreta

Luke Freeman acababa de descubrir algo que había vuelto su vida del revés: ¡su difunto padre había tenido una amante! Sin embargo, la mayor sorpresa fue que las pistas que tenía sobre esa amante secreta lo llevaron hasta una bella joven...

Luke no lo sabía, pero Celia no era exactamente la mujer que estaba buscando. Aun así, no pudo evitar sentir una inmediata atracción por ella... una atracción tan fuerte, que decidió que debía tenerla a toda costa. Pero el precio de la pasión era la venganza...

Prólogo

CELIA estaba dormida cuando sonó el teléfono y abrió un ojo para mirar el despertador. Las ocho. Y era domingo. A ella no le gustaba madrugar los domingos. Todos los que la conocían sabían eso.

De modo que quien llamase debía tener una muy buena razón para despertarla.

- Mi madre, seguro - murmuró, sacando la mano de entre las sábanas -. ¿Dígame?

- Ha muerto - escuchó una voz femenina al otro lado del hilo.

Celia se sentó en la cama, de golpe. Era su madre. Y no tenía que preguntar quién había muerto.

Solo había una persona importante en la vida de su madre: Lionel Freeman. El arquitecto más importante de Sidney, cincuenta y cuatro años, casado, con un hijo llamado Luke.

Habían sido amantes durante veinte años, muchos más de los que a ella le hubiera gustado.

- Está muerto - repitió su madre, como un disco rayado.

Celia respiró profundamente, intentando buscar las palabras adecuadas.

- ¿Está contigo?

- ¿Cómo?

- ¿Lionel fue a verte este fin de semana?

Imaginaba que habría muerto de un infarto o algo parecido. La idea de que hubieran podido estar «haciéndolo» en ese momento la hizo sentir cierta repulsión. Pero tenía que enfrentarse con ello. Después de todo, para eso visitaba Lionel Freeman a su amante. Para acostarse con ella.

- No. Iba a venir, pero al final no pudo.

Celia se sintió aliviada y furiosa a la vez. Su madre había perdido la mitad de su vida esperando que Lionel apareciese cuando le venía en gana.

Pues bien, la espera había terminado. Para siempre. Pero, ¿a qué precio?

- ¿Cómo te has enterado entonces?

- Lo he oído en la radio.

- ¿Qué han dicho?

- Que no fue culpa suya. El otro conductor iba borracho.

Un accidente de tráfico, pensó Celia. Y Lionel Freeman estaba muerto.

No había mucha piedad en su corazón para aquel hombre, solo para su madre, su pobre y engañada madre, que lo había sacrificado

todo por los ilícitos momentos que pasaba con él. Había querido a ese hombre más que a nada en el mundo.

Pero había muerto y su angustiada amante estaba sola en el nidito de amor donde el egoísta de Lionel Freeman la había instalado años atrás.

Celia pensó entonces, asustada, que su madre podría hacer alguna estupidez. Pero no dejaría que ocurriese. Había perdido veinte años de su vida por culpa de Lionel Freeman y no pensaba dejar que se la llevase con él a la tumba.

- Mamá, hazte una taza de té - dijo, con firmeza -. Y pon mucho azúcar. Yo iré enseguida.

No vivía muy lejos, en Swansea. Llegó a Pretty Point en veinte minutos. Un récord, considerando que solía tardar más de media hora. Por supuesto, apenas había tráfico a las ocho y media de la mañana. Los domingueros no salen a la calle hasta que llega el calor y aún quedaban un par de meses para el verano.

- ¿Mamá? - gritó, llamando a la puerta -. Mamá, ¿dónde estás?

Como no hubo respuesta Celia corrió hacia la parte de atrás, imaginando todo tipo de horrores.

Pero allí estaba su madre, sentada en el porche, mirando fijamente las aguas del lago. Recortada contra el primer sol de la mañana, con el cabello rubio rojizo un poco despeinado y una bata de seda color limón parecía muy joven y muy hermosa.

Y, afortunadamente, muy viva.

Celia dejó escapar un suspiro de alivio y su madre levantó los ojos. Estaban vacíos, como muertos. Tenía delante una taza de té, pero no la había tocado.

Seguía traumatizada, evidentemente.

- Mamá - murmuró Celia, sentándose a su lado -. No te has tomado el té.

- ¿Qué?

- El té...

- Ah, sí. El té. Se me había olvidado.

- Ya veo.

Lo mejor era llevarse a su madre de allí. Donde fuera, a algún sitio donde alguien pudiera cuidar de ella veinticuatro horas al día.

Aunque le habría gustado llevarla a su casa, Celia tenía que dirigir la clínica de rehabilitación. Quizá podría cancelar un par de citas con algún paciente, pero tenía demasiados. Y su madre no podía quedarse sola ni un minuto.

De modo que la tía Helen tendría que echar una mano, le gustase o no.

- Sabes que no puedes quedarte aquí, ¿verdad? Esta casa era de Lionel. Sé que esto era un secreto para su familia, pero tarde o temprano alguien empezará a hacer preguntas...

- Ella también ha muerto - la interrumpió su madre -. En el accidente. Murieron los dos.

- Qué horror - suspiró Celia.

Había deseado muchas veces que Lionel Freeman se tirase de alguno de sus altísimos edificios, pero no le deseaba ningún mal a su esposa.

- Pobre Luke - murmuró su madre entonces -. Debe estar destrozado.

Celia frunció el ceño. Era una pena, la verdad. Debe ser terrible perder trágicamente a tus padres. Pero no podía preocuparse por eso; el hijo de Lionel era un hombre adulto e independiente.

- Mamá, tenemos que irnos.

- Tienes razón, no puedo quedarme aquí. Lionel se moriría si Luke se enterase...

Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, un sollozo estrangulado escapó de su garganta.

- Dudo que Luke venga personalmente, mamá. Pero aunque fuera así, tú no estarás aquí. Voy a llevarte a casa de la tía Helen.

Jessica Gilbert negó con la cabeza.

- No puedo ir a casa de Helen. Mi hermana nunca aprobó mi relación con Lionel. Lo odiaba.

¿No lo odiaban todos?, pensó Celia. Pero no era el momento de decirlo.

- Lo odiaba porque te hacía sufrir, mamá. Pero la situación ha cambiado, ¿no?

- Ella nunca lo entendió - insistió su madre, con los ojos llenos de lágrimas -. Y tú tampoco, ¿verdad, hija? Tú pensabas que era una tonta.

- No, mamá.

- Quizá lo he sido. Pero el amor nos convierte a todos en tontos.

«A mí, no», pensó Celia. ¡Nunca! Si algún día se enamoraba, no sería de un hombre como Lionel Freeman.

- Vámonos, mamá.

- Pensabas que Lionel no me quería - siguió su madre, como si no la hubiera oído -. Pero me quería.

- Si tú lo dices... - suspiró ella.

- No me crees, pero hay cosas que no sabes... cosas que nunca te he dicho.

- Prefiero que no me las cuentes, mamá.

Lo último que deseaba era escuchar las mentiras con las que Lionel había intentado justificar dos décadas de adulterio. Se negaba a hablar del tema. Hacía años que lo evitaban.

Su madre suspiró de nuevo y cuando el aire dejaba sus pulmones, su espíritu pareció irse con él. Los ojos verdes parecían muertos, tenía los hombros caídos y, quizá era cosa del sol, pero hasta su pelo parecía haber perdido brillo.

De repente, la mujer joven y sensual a la que Lionel Freeman había deseado obsesivamente se convirtió en una sombra de sí misma. Hasta un minuto antes podría parecer una chica de treinta años y, de repente, se le notaba la edad. Incluso parecía mayor de lo que era.

- Tienes razón - murmuró, con un tono de infinito cansancio -. ¿Qué más da todo? Está muerto. Lionel está muerto. Todo se ha terminado.

Eso era precisamente lo que Celia había temido, que su madre pensara que no había nada por lo que vivir tras perder al hombre de su vida.

La gente solía decir que se parecían mucho y era cierto, físicamente. Ahí terminaban los parecidos.

Su madre era una romántica, Celia una mujer realista. Especialmente en cuanto a los hombres. Era imposible ser de otra forma después de presenciar durante veinte años cómo Lionel Freeman se aprovechaba de la mujer a la que, supuestamente, amaba.

Una vez pensó que era un hombre maravilloso. Tenía seis años entonces y era una niña sin padre.

¿Qué niña no hubiese adorado a un hombre guapísimo que hacía reír a su mamá y que le llevaba unos juguetes preciosos?

Pero cuando llegó a la pubertad, dejó de verlo todo de color de rosa. Cuando supo para qué iba a visitar a su madre, cuando la vio llorar más que sonreír, el cariño que sentía por él se convirtió en rencor.

Furiosa como solo podía estarlo una adolescente, se enfrentó con él y le dijo todo lo que pensaba... pero su madre no la apoyó. Al contrario, defendió a Lionel.

Después de eso los amantes dejaron de verse en el apartamento. La madre de Celia seguía llorando por las noches y ella juró entonces no enamorarse jamás de un hombre que no fuera perfecto. El hombre de sus sueños no tendría miedo de comprometerse, no tendría miedo de afrontar sus responsabilidades. Y, desde luego, no estaría casado con otra mujer. Sería un hombre decente, bueno, valiente, fiel y encantador.

Y, por supuesto, sería guapísimo y besaría de maravilla...

Claro que solo tenía trece años cuando imaginó a aquel príncipe.

Y no lo había encontrado. De hecho, estaba segura de que ese hombre no existía en la faz de la tierra. Había tenido varios novios, pero todos eran una decepción, en la cama y fuera de ella. Quizá se había puesto el listón muy alto. Sus amigas siempre decían eso. Fuera como fuera, sus relaciones sentimentales no funcionaban nunca.

La última terminó unos meses atrás. Era un jugador de fútbol al que había curado una lesión de rodilla. Michael la persiguió durante semanas, prometiéndole el mundo si salía con él.

Al final Celia dijo que sí porque lo encontraba muy atractivo. Le gustaban los hombres altos y bien formados. Pero, además, el chico parecía inteligente y sincero. Naturalmente, ella lo hizo esperar. Nunca se acostaba con un hombre en la primera cita. Ni en la segunda. Ni siquiera en la tercera. Pero cuando se acostaron, deseó no haberlo hecho. Qué espanto.

Sin embargo, él pareció muy satisfecho, algo habitual en los hombres según su experiencia. No les preocupada en absoluto si sus compañeras tenían un orgasmo. Siempre culpaban a la mujer, nunca a sí mismos. Y siempre prometían que la próxima vez sería mejor.

A veces, si el chico era agradable, Celia no cortaba inmediatamente, esperando que la cosa mejorase. Pero cuando el futbolista le dijo, muy convencido, que con lo que le estaba haciendo su antigua novia habría tenido tres orgasmos seguidos, decidió que no tenía ni idea. Ni la tendría nunca.

Lo dejó a la mañana siguiente.

Una pena que su madre no hubiera dejado a Lionel Freeman a la mañana siguiente, después de saber que estaba casado. Pero, al menos en la cama, debía ser el hombre perfecto para ella. Aparentemente, se había negado a verlo durante algún tiempo, pero el manipulador de Freeman consiguió convencerla con excusas y mentiras de las que Celia no quería ni oír hablar. Y fueron amantes durante veinte años, ni más ni menos.

No dudaba que su madre lo había amado de verdad, pero apostaría un millón de dólares a que por parte de Lionel solo era sexo.

La regañó muchas veces por ser una romántica, pero aquel día no iba a hacerlo. Aquel día no. La pobre tenía el corazón roto.

- ¿Por qué no vas a ducharte mientras yo llamo a la tía Helen?

Afortunadamente la tía Helen y su marido vivían a solo diez kilómetros, en Dora Creek. Sus dos hijos se habían marchado de casa, de modo que tenían habitaciones libres.

- Lo que tú digas - murmuró su madre, encogiéndose de hombros.

- Podemos guardar algo de ropa en una maleta. Otro día vendré

por el resto de tus cosas - sugirió Celia.

No había prisa. Estaba segura de que nadie iba a aparecer por allí en mucho tiempo. Y, desde luego, no sería el hijo de Lionel. La gente con dinero no suele encargarse personalmente de esos asuntos. Y Luke Freeman era un hombre muy rico tras la muerte de su padre.

- A Lionel le encantaba este sitio - dijo Jessica entonces, mirando alrededor -. Diseñó esta casa para nosotros.

Celia no lo dudaba. La casa, con enormes ventanales de cristal y un amplio porche de madera sobre el lago, era el perfecto nidito de amor. Rodeada de árboles, tenía todo lo necesario para dos amantes: una enorme chimenea de piedra, mullidas alfombras, sofás en los que podías hundirte... Arriba, en el dormitorio, una cama enorme y un jacuzzi para dos personas.

Por supuesto, no tenía habitación para invitados. Lionel no quería que su amante recibiera visitas.

Celia nunca se había quedado a dormir. Ni pasaba por allí los fines de semana, a menos que él no estuviera. Encontrarse con Lionel Freeman era lo último que deseaba.

Pero él visitaba a su madre muy a menudo. Y Celia siempre sabía si Lionel había pasado allí el fin de semana porque dejaba el olor de su colonia por todas partes. Recordaba ese olor de cuando era pequeña. Siempre le había turbado recordar cómo le gustaba entonces. Y el cariño que sintió por Lionel.

- Vamos, mamá - dijo bruscamente.

Jessica entró en la casa sin decir nada porque sabía que era lo mejor. Había demasiados recuerdos en Pretty Point. Demasiados fantasmas.

Siempre quiso creer que Lionel la quería, que su pasión por ella era algo más que sexo.

Sin embargo, ya no estaba tan segura. Durante veinte años tuvo dudas... que desaparecían en cuanto llegaba y la tomaba en sus brazos.

Pero nunca más volvería a tomarla en sus brazos. Nunca volvería a hacerle el amor. Nunca volvería a decirle lo importante que era para él.

De modo que ya no podría disipar sus dudas. Se quedarían dentro de ella como un cáncer.

Su corazón se partió al pensar aquello. Porque si Lionel no la había amado tanto como lo amó ella, ¿para qué todos los sacrificios que había hecho? No escribirle nunca, no enviarle postales ni notas. No pasar juntos las navidades, los cumpleaños. No ir juntos a ninguna parte.

No tener un hijo suyo.

¿Había sido un error, un trágico error? ¿Su amor habría sido una ilusión? ¿Había sido Lionel un hombre profundamente sensible o... un mentiroso egoísta?

No quería ni pensarlo. No podía soportar la idea.

De repente, empezó a sollozar. Unos sollozos que sacudían todo su cuerpo.

- Mamá... - murmuró Celia, abrazándola -. Todo saldrá bien, ya lo verás. Solo tenemos que irnos de esta casa.

Capítulo 1

ESO ES todo, Harvey? - preguntó Luke, guardando la pluma en el bolsillo de la chaqueta.

- Por ahora - contestó el abogado -. Pero hay otro asunto en el testamento de tu padre sobre el que quiero que me aconsejes.

Luke miró su reloj. Eran la dos menos cuarto y había quedado a las dos con Isabel. Después de comer pensaban ir a comprar las alianzas.

- ¿Qué asunto?

- El día antes del accidente, tu padre vino a verme para hablar sobre una propiedad que tenía en el lago Macquarie.

Él frunció el ceño.

- ¿Te refieres a una parcela en Pretty Point?

- Eso es. Diez acres de terreno, con una casa a la orilla del lago.

- Pensé que mi padre había vendido esa propiedad hace años. Me dijo que no iba por allí porque ya no se podía pescar.

A su padre le encantaba pescar. De hecho, fue una de las primeras cosas que le enseñó y, de pequeño, solía ir con él a la cabaña de Pretty Point. Su madre no iba nunca porque no le gustaban ni los peces ni las horas que había que esperar para pescarlos.

Pero a Luke le encantaban aquellos fines de semana no por la pesca sino por la compañía de su padre. En realidad, pescar era tan poco interesante como ver crecer la hierba.

Y a los doce años, cuando empezó a interesarse por el baloncesto, encontró la excusa perfecta para dejar de ir. Quería pasar los fines de semana con sus compañeros de colegio, en los torneos juveniles.

Su padre fue muy comprensivo, como siempre. Lionel Freeman había sido un padre maravilloso. Y un buen marido.

Por supuesto, también su madre había sido una esposa perfecta, de la antigua escuela, de las que no trabajan fuera de casa y dedican su vida a la familia; una mujer que se enorgullecía de limpiar y cocinar ella misma cuando podía haber tenido la casa llena de criados.

Pero era una mujer siempre delicada de salud, siempre con terribles jaquecas. Luke se recordaba a sí mismo de pequeño, teniendo que permanecer en silencio cuando sufría alguno de sus ataques. Su padre solía quedarse con ella en la habitación, a oscuras.

Una pareja enamorada hasta el final.

Y habían muerto juntos, víctimas de un conductor borracho que se saltó la mediana y los embistió de frente.

El accidente había ocurrido dos semanas antes, un sábado por la noche en la carretera de Mona Vale, cuando volvían de cenar con unos amigos.

Luke se aclaró la garganta. ¿Sobre qué estaba hablando Harvey? Ah, sí, sobre la propiedad de Pretty Point.

- Al final, no la vendió - dijo el abogado. - Mi padre era un sentimental. ¿Qué quería hacer con ella?

- Quería regalársela... a una amiga.

¿Una amiga? Debía haber oído mal.

- ¿A quién?

- Se llama Jessica Gilbert.

Luke arrugó el ceño. ¿Quién era Jessica Gilbert?

- No me suena el nombre - murmuró, intentando no darle importancia a un asunto que, por supuesto, no podía tenerla.

- No saques conclusiones - le aconsejó el abogado -. Los dos sabemos que tu padre no era esa clase de hombre.

Desde luego que no. Luke lo adoraba, era su ejemplo a seguir.

- ¿Mi padre te contó quien era esa señora Gilbert?

- Señorita - lo corrigió Harvey -. Y no sé mucho, la verdad. Me dijo que era una mujer maravillosa a quien quería ayudar porque la vida se había portado mal con ella. Aparentemente, no tenía casa y llevaba unos años viviendo en Pretty Point sin pagar alquiler. Tu padre pensaba dejarle esa casa en su testamento, pero no llegó a firmarlo.

Luke empezó a relajarse. Su padre aportaba dinero a muchas causas benéficas y debía ser algo así. Pero, por un momento...

- Estaba preocupado por si moría..., en fin, como ha ocurrido de repente. Temía que tu madre sumara dos y dos y llegase a la conclusión equivocada.

- Sí, claro. La verdad es que, por un momento, me había puesto a pensar lo peor - confesó Luke.

- Es normal. Yo mismo tuve mis dudas cuando me lo contó, especialmente cuando me pidió que fuera muy discreto. Pero todos sabemos cómo quería a tu madre. ¿Qué hago? ¿Le hacemos el traspaso de la propiedad a la señorita Gilbert?

- Sí, claro. Redacta los papeles y vendré a firmarlos cuando tú me digas.

- Lionel estaría orgulloso de ti - sonrió el abogado -. Después de todo, un terreno a la orilla del lago Macquarie vale un dineral hoy en día.

- Él quería regalarle esa casa a alguien y yo solo estoy cumpliendo sus deseos. Además, ya he heredado suficientes propiedades.

- Desde luego que sí.

Además de la casa familiar en St. Yves, Luke era propietario de una casa en Turramurra y varios bloques de pisos en Sidney. Aparentemente, cada vez que su padre diseñaba algún complejo de

apartamentos, parte de la minuta era quedarse con uno de ellos.

- Tengo que irme, Harvey. He quedado abajo con Isabel.

- Ah, la preciosa Isabel. Va a ser una novia de cine. Es una pena que esto haya pasado poco antes de la boda.

- Sí. Pensábamos posponer la ceremonia, pero las cosas ya están demasiado avanzadas. Los padres de Isabel se han gastado un dineral y no les sobra el dinero.

- Lionel no habría querido que la pospusieras. No sabes la alegría que le diste al volver a Australia, Luke. Cuando estabas trabajando en Nueva York siempre decía: «a ver si va a casarse con alguna americana...»

- Yo siempre quise volver - sonrió él, levantándose -. Entonces, os veré a ti y a tu mujer en la boda, ¿no?

- Allí estaremos.

Luke salió del despacho, contento por haberse quitado de en medio parte del papeleo. Había tantas cosas que hacer, tantas decisiones que tomar después del accidente... Demasiadas.

Pero siendo hijo único no le quedaba más remedio que encargarse de todo.

Esperaba haberlo hecho según los deseos de su padre. Y esperaba que estuviera orgulloso de él.

Pero, volvió a pensar en Jessica Gilbert mientras bajaba en el ascensor. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Y cómo la habría conocido su padre? ¿Habría sido una empleada, una leal secretaria que trabajó para él durante sus primeros años como arquitecto? Quizá la señora de la limpieza de Pretty Point. Luke recordaba a una mujer que iba a limpiar todos los lunes.

¿O era un caso triste sobre el que alguien le había llamado la atención, dado que era famoso por apoyar causas benéficas? Una mujer mayor, sin dinero, sin trabajo y sin familia.

Debía ser algo así. Pero habría deseado saber algo más. Al fin y al cabo, la parcela del lago Macquarie debía valer un dineral...

Podría llevar los papeles de propiedad personalmente. Así tendría oportunidad de conocerla. De ese modo satisfaría su curiosidad y la minúscula sombra de duda se vería disipada.

Seguía pensando en ello cuando se abrieron las puertas del ascensor. Isabel lo estaba esperando en el vestíbulo, tan guapa y elegante como siempre. Llevaba un sencillo vestido negro y su larga melena rubia estaba sujeta en un moño alto, dejando al descubierto un cuello de cisne... y los pendientes de diamantes que él le había regalado.

Su prometida esbozó una sonrisa, una de esas sonrisas serenas que

conseguía calmarlo en cualquier circunstancia. Mientras se acercaba, pensó en la suerte que tenía de haber conocido a una chica como ella: guapísima, sensata y madura.

Con Isabel nunca había tenido que soportar escenas de celos, como con otras novias. Además, cocinaba como un chef francés y ser esposa y madre era suficiente carrera para ella. Una joya, desde luego.

Había dejado su puesto de secretaria en la firma de arquitectos donde se conocieron un año antes y no tenía pensado volver a trabajar después de casarse. Y, por supuesto, pensaban formar una familia inmediatamente.

Isabel tenía treinta años, dos menos que él. No era una niña sino una mujer experimentada y con ganas de sentar la cabeza. Como Luke, había viajado mucho y tenía experiencia con los hombres, algo que no lo molestaba en absoluto.

De hecho, le gustaba que fuese una mujer experimentada en la cama. Le gustaba que no fuera insegura. Y, sobre todo, le gustaba que los dos quisieran las mismas cosas: un matrimonio duradero y una familia de, al menos, dos hijos.

No estaba enamorado de ella, eso era cierto. Y viceversa. Pero se había enamorado un par de veces en su vida y no le gustó la experiencia. El amor es algo inestable, no dura mucho.

Cuando decidió que era hora de casarse, decidió también que el amor romántico no era una buena base para el matrimonio. Isabel había llegado a la misma conclusión tras un par de desastroso noviazgos, de modo que eran perfectos el uno para el otro. Tenían los mismos objetivos y no discutían nunca, algo que Luke valoraba muchísimo.

Las broncas y las discusiones lo sacaban de quicio. Quería paz, armonía, tranquilidad. Quería lo que su padre había tenido con su madre.

- ¿Has terminado con los papeles? - le preguntó Isabel, poniéndose de puntillas para darle un beso.

- Por ahora - suspiró él, pensando en la misteriosa señorita Gilbert.

Frustrante, desde luego. ¿Por qué no podía olvidarse de ella? Abrió la boca para hablarle a su novia del asunto, pero decidió no hacerlo. No sabía bien por qué. Quizá porque no quería ver un brillo de duda en sus ojos.

La señorita Gilbert era una pobre mujer a la que su padre quería echar una mano, se dijo a sí mismo. Una pobrecilla que no tenía donde caerse muerta. Pensar otra cosa era absurdo.

Pero cada vez estaba menos convencido. Su padre no se habría preocupado por lo que pudiera pensar su madre si Jessica Gilbert

fuera una anciana. Solo se habría preocupado si fuera joven. Y guapa.

- ¿Ocurre algo, cielo? - preguntó Isabel.

- ¿Te que molestaría mucho que no comiéramos juntos? - dijo Luke, impulsivamente -. Tengo que hacer algo...que no puede esperar.

- ¿Qué es eso tan urgente?

- Tengo que ir al lago Macquarie.

Isabel parpadeó, sorprendida.

- ¿Al lago Macquarie? ¿Por qué?

¿Por qué? Buena pregunta.

- Tengo allí una propiedad, una cabaña a la que iba con mi padre cuando era pequeño. Acabo de saber que no la ha vendido y siento un... deseo impulsivo de volver allí.

- ¿Precisamente ahora?

- Sí.

Luke esperaba que su prometida hiciese más preguntas, pero se limitó a sonreír.

- Eres mucho más sentimental de lo que crees, Luke Freeman. ¿Por qué no pasas allí el fin de semana? Descansa un poco, te vendrá bien. Estos últimos días han debido ser horribles para ti.

Sí, podría quedarse a dormir allí. Sabía dónde guardaba la llave su padre y estaba seguro de que el sitio seguía siendo el mismo.

- ¿No te importa?

Isabel se encogió de hombros.

- ¿Por qué iba a importarme? Es solo un fin de semana y pienso tenerte el resto de mi vida - dijo, sonriendo -. Pero hoy pensábamos elegir las alianzas... ¿Te importa si lo hago yo?

Luke sabía que otra mujer habría montado un número por dejarla sola el día que debían elegir las alianzas. Pero no su prometida.

- Eres increíble, cariño. Toma, cómpralas con esta tarjeta de crédito. Y ve a comer al mejor restaurante de Sidney.

- Si insistes - rió ella.

Otra cosa buena de Isabel era que no aparentaba desinterés por el dinero. Incluso antes de la tragedia que lo había convertido en millonario, su novia apreciaba que tuviese un salario de seis cifras, que fuera el propietario de varias casas, de un BMW último modelo y pudiera llevarla a las Seychelles de luna de miel.

Y, después del accidente, podía permitirse muchos más lujos.

- Te llamaré mañana - le prometió.

- Más te vale.

- Y tienes razón, puede que me quede a dormir.

Dependiendo de lo que encontrase allí, por supuesto.

- Es lo mejor.

- Te echaré de menos - sonrió Luke, besándola en la mejilla.

- ¿Eso es un beso?

Entonces la besó en los labios, riendo. Cuando sus lenguas se rozaron, lamentó no haber hecho el amor con ella la noche anterior. Pero no le apetecía, no habían estado juntos desde el accidente.

- No sé, no sé... puede que vuelva esta noche.

- Esta noche no es posible, cielo. Voy al teatro con Rachel y sabes que no puedo cancelar la cita.

- Ah, es verdad.

Rachel era su mejor amiga. Había trabajado muchos años como secretaria para la televisión australiana, pero desde que a su madre le diagnosticaron Alzheimer estaba con ella veinticuatro horas al día. La pobre debía estar deseando salir de casa.

- Pero no perderás las ganas, ¿no? - sonrió su novia entonces.

- No, claro - murmuró Luke.

Pero el deseo había desaparecido. Algunas parejas no pueden dejar de tocarse, incluso en público. Isabel y él nunca fueron así.

Lo que quizá explicaba por qué su padre lo había llevado aparte el día de la pedida de mano para preguntar si su prometida lo hacía feliz en la cama. Él se quedó sorprendido por la pregunta, pero le aseguró que en el dormitorio todo iba estupendamente.

Se preguntó entonces si sus padres habrían tenido una satisfactoria vida sexual. Le parecía que eran felices, que eran afectuosos el uno con el otro, pero... ¿quién sabe lo que pasa tras una puerta cerrada?

Luke imaginaba que un hombre insatisfecho con su vida sexual al final buscaría en otro sitio...

- Será mejor que te vayas - dijo Isabel entonces -. Estás en las nubes.

- Perdona.

- Estabas pensando en tu padre, ¿verdad?

- Sí - murmuró Luke.

- Sé lo que significaba para ti y cuánto lo echas de menos. Mucho más que a tu madre. La querías mucho, por supuesto, pero tu padre era algo más que un progenitor, era tu amigo y tu héroe - sonrió su novia -. Así que ve a hablar con él en el lago ese. Estará allí, seguro. Y te escuchará, como siempre.

Luke pensó entonces que debería haberle contado la verdad. No sabía que Isabel era una mujer tan sensible. Siempre le había parecido tan pragmática para todo...

Pero era una buena lección y se prometió a sí mismo contarle la verdad en el futuro, fuera cual fuera.

Capítulo 2

CUANDO la idea de pasar el fin de semana en Pretty Point apareció en su mente, Celia la rechazó. Pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que aquella casa alejada de todo era el sitio perfecto para escapar.

Y tenía que escapar.

Estaba hecha polvo. Llevaba dos semanas trabajando desde las siete de la mañana y pasando las tardes al lado de su madre, que estaba en estado catatónico.

Quería llevarla al psiquiatra para que le diese algo contra la depresión, pero su tía Helen no estaba de acuerdo.

- Jessica no está enferma, solo tiene el corazón roto. Lo que necesita es tiempo y alguien que cuide de ella. Serás tú quien necesite ir al psiquiatra si no dejas de preocuparse. No quiero verte por aquí este fin de semana, Celia. Sal con tus amigos. O mejor, vete a alguna parte. Donde sea.

Celia se echó hacia atrás en el balancín, pensando que «donde sea» nunca le había apetecido más. ¿Por qué la visión del agua relaja los nervios y cura todo tipo de mal?

Tenía que reconocerlo. El nidito de amor al borde del lago era un sitio perfecto.

Y Lionel había tenido un gusto extraordinario para el vino.

Celia tomó un sorbo del blanco español que había encontrado en la nevera, pensando en la suerte que había tenido al poder cancelar su cita con el último paciente. Siempre intentaba terminar pronto los viernes, pero era una sorpresa estar libre después de comer. A las tres, tenía la bolsa de viaje hecha y se dirigía a Pretty Point.

Y allí estaba, a media tarde, con una copa de vino en la mano, una vista de medio millón de dólares y la soledad que tanto necesitaba.

- Tomaba el vino a sorbitos, dejando que la tensión se fuera disipando poco a poco, hasta que estaba relajada... y un poco achispada. El alcohol estaba siendo mejor aliado que los ejercicios de relajación. Y mucho más apetecible que la idea de Joanne.

«Lo que necesitas es un amante, cielo», le había dicho su amiga.

De eso nada.

El sexo no la relajaba nunca. Lo único que sentía después era desilusión y enfado.

El sexo era aceptado por todo el mundo como una actividad placentera y relajante. Todo el mundo menos ella.

A su madre, evidentemente, le gustaba el sexo.

Con Lionel. Más que eso, estaba consumida de pasión por él.

Celia se preguntó cómo sería experimentar esa pasión incontrolable que convierte a una mujer inteligente en una esclava sexual. ¿El placer de los momentos que pasaba con Lionel habría compensado los momentos amargos que tuvo que sufrir? ¿Un fin de semana en la cama con él merecía la consiguiente depresión?

Debía ser así. Si no, ¿por qué seguía haciéndolo?

Quizá si ella tuviera una gran pasión... o una pasión mediana, entendería el comportamiento masoquista de su madre. Pero, en su opinión, ese tipo de pasión era veneno. Una de esas sustancias corrosivas que te van comiendo el alma hasta que no queda más que una carcasa vacía.

Su madre se había convertido en una carcasa mucho antes de que Lionel muriese. Quizá su muerte ocurrió en el momento adecuado y su tía Helen tenía razón: el tiempo y una persona cariñosa podrían hacer que no perdiera la cabeza.

Por otro lado...

Pero tenía que dejar de pensar en ello. Debía descansar, relajarse, pensar en otras cosas.

Aunque era difícil estando en aquella casa. Se había llevado las cosas de su madre, pero el toque personal de Jessica estaba por todas partes, así como las posesiones de Lionel: ropa, discos, libros y cientos de botellas de vino.

Celia dejó escapar un suspiro. No fue buena idea ir allí. Pero allí estaba. Además, había bebido demasiado con el estómago vacío y no podía conducir. Quizá más tarde, por la noche.

O quizá no.

La amarga realidad era que pensaría en su madre estuviese donde estuviese. De modo que podía quedarse en la casa del lago.

Y también podía tomar otra copa de vino.

Luke estaba perdido. Absolutamente desorientado. Creía conocer el camino, pero hacía veinte años que no iba a Pretty Point.

La nueva autopista no tenía una salida con ese nombre ni ningún otro que reconociese. Pero llevaba dos horas conduciendo, de modo que ya debería haber llegado. Al final, harto, tomó la primera salida y buscó un supermercado para comprar un mapa.

Después de estudiarlo durante un rato volvió a entrar en la autopista y, tras tomar la salida que parecía más próxima al lago, vio una carretera que le sonaba.

A pesar de todo, la zona había cambiado muchísimo. Para empezar, la carretera estaba asfaltada y había chalés donde veinte años atrás no había más que bosque.

Desde luego, diez acres de terreno en aquella zona debían valer un

dineral.

La tal señorita Gilbert podía considerarse afortunada. Su padre había sido, sin duda, más que generoso.

Al final de la carretera vio una construcción de madera triangular con el tejado de pizarra, medio oculta por los árboles.

Luke detuvo el coche. ¿Esa era la casa? No podía ser. La recordaba como una sencilla cabaña de pescadores…

Tenía que buscar algo que le diera una pista… y lo encontró, en un viejo olmo del camino. De pequeño había escrito LF estuvo aquí con la navaja suiza que le regaló su padre al cumplir nueve años. Y allí estaba.

Pero la casa era muy diferente. Parecía nueva, construida en el mismo lugar donde estuvo la cabaña.

Si su padre había construido una casa nueva, ¿por qué no se lo dijo?

Pero no debía sacar conclusiones.

Luke seguía diciéndose a sí mismo que la había construido como inversión, posiblemente cuando él vivía en Inglaterra. Quizá pensaba venderla, pero cambió de opinión al conocer la triste historia de la señorita Gilbert.

Frente a la puerta había un deportivo blanco. Desde luego, no la clase de coche que conduciría una vieja solterona.

Intentaba con todas sus fuerzas no pensar mal, pero empezaba a resultarle difícil.

Nervioso, salió del coche y miró las paredes de madera.

Pino. La madera favorita de su padre.

De modo que no solo había construido aquella casa, la había diseñado también. Sin decírselo. Sin decírselo a su madre.

Apretando los labios, Luke llamó a la puerta. Por supuesto, no había timbre. Su padre odiaba los timbres… y los teléfonos. Odiaba cualquier cosa que hiciera ruidos irritantes.

No hubo respuesta y llamó de nuevo. Más fuerte.

Pasaron veinte segundos. Veinte segundos llenos de tensión.

¿Por qué no contestaba aquella mujer? ¿Estaría sorda?

Ojalá estuviera sorda. La gente mayor suele estar mal del oído.

Entonces se abrió la puerta. Y allí estaba la señorita Gilbert, en carne y hueso.

Ni era vieja ni era sorda.

Era joven y guapísima. Con labios carnosos, ojos verdes y un pelo rubio rojizo como el fuego recogido en un moño. Pero no como el de Isabel. No, el pelo de aquella chica era rizado y salvaje.

- ¿Señorita Gilbert? - preguntó, con un nudo en la garganta.

Quizá no era ella, quizá era una amiga, una sobrina, una enfermera incluso.

Y quizá él era el próximo ganador del Nobel de Arquitectura. Si lo hubiera.

- Sí, soy yo - dijo ella.

Luke supo entonces la respuesta a la pregunta que estaba haciéndose desde que escuchó su nombre en la oficina del abogado.

Capítulo 3

CELIA se quedó mirando al alto y guapo extraño que estaba en la puerta, intentando recordar quién era.

Le sonaba su cara. Y sus ojos negros, de pestañas muy largas…

Y entonces lo reconoció.

- Dios mío... Tú debes ser Luke, el hijo de Lionel.

No se lo podía creer. Era Lionel Freeman veinte años atrás.

- Exactamente, señorita Gilbert.

La conocía. Y estaba furioso.

Luke Freeman se había enterado de que su madre y su padre fueron amantes, a pesar de haberlo mantenido en secreto durante veinte años.

Pero, ¿qué quería? ¿Escuchar los sórdidos detalles? ¿Conocer a la amante de su padre personalmente? ¿Ponerla a caldo por corromper a su memorable progenitor?

«Por encima de mi cadáver», pensó. Su madre ya había sufrido suficiente a manos de un Freeman. No pensaba dejar que el hijo terminase lo que Lionel había empezado.

Celia se cruzó de brazos, dispuesta a la batalla.

- No sé cómo te has enterado, pero veo que lo sabes.

- ¿Lo de su aventura con mi padre? - replicó él, con tono helado -. Claro que lo sé. Ahora lo sé. Pero sospeché la verdad en cuanto abrió la puerta. Debo decir que mi padre tenía buen gusto. Es usted muy guapa, Jessica.

¡Jessica! ¡Pensaba que ella era la amante de su padre!

Celia abrió la boca para decirle cuatro cosas, pero volvió a cerrarla. Luke Freeman no sabía mucho del asunto. Solo un nombre. Ni la edad, ni nada más. No sabía que Jessica Gilbert era una madre soltera de cuarenta y dos años con una hija de veintiséis. Y tampoco sabía el tiempo que había durado aquella historia.

Podía decirle lo que quisiera y él la creería.

Y, al pensar en su madre, tomó una decisión.

- Supongo que debo invitarte a entrar - dijo, abriendo la puerta del todo.

Se preguntaba cómo haría el papel de amante. Debía ajustarse a la verdad. Luke Freeman podría tener algunos datos. Sencillamente, le quitaría veinte años al asunto y se pondría en el lugar de su madre.

Le sería difícil aparentar que había amado a Lionel. Y mucho más haber hecho el amor con él.

Pero se las arreglaría.

Luke intentó controlar su rabia mientras entraba en la casa... en el

secreto nido de amor de su padre.

¿Con quién estaba enfadado? ¿Con él, por no haber estado a la altura de sus expectativas? ¿O con aquella sensual criatura de ojos verdes como los de un felino?

Entró en el amplio salón, mirando alrededor. El uso de la madera era el sello personal de su padre, sin duda. El suelo, madera de boj y las vigas del techo, cedro. La mesa del comedor era de castaño, las sillas igual, con cojines de terciopelo verde.

El sofá era de la misma tela. Y no quería ni pensar lo que habría pasado en aquel sofá... O en la alfombra que había frente a la chimenea.

Podía imaginar el cabello rojo extendido por el suelo... Casi podía sentir el calor de las llamas en su pálida piel y prácticamente saborear los labios de sirena llamando a su amante casado, arrastrándolo al infierno donde solo regía el deseo camal y la fidelidad se olvidaba por completo.

Luke apartó una silla y se sentó, con un codo apoyado en la mesa. No pensaba acercarse al sofá ni ponerse cómodo. Aquella iba a ser una visita muy corta.

- ¿Quieres una copa de vino? - preguntó Celia.

- No, gracias - contestó Luke, sin molestarse en ser amable.

- Pues yo creo... que voy a tomar una - murmuró ella, con su dulce voz de sirena.

Desde luego estaba hecha para ser la amante de alguien, con aquellas curvas tan provocativas. Y también iba vestida para el papel: una falda larga estilo pareo de color rojo, un cárdigan negro con mucho escote y tres botones fáciles de desabrochar. Sin sujetador y descalza.

Un hombre tardaría diez segundos en desnudarla...

La imagen de su padre entrando por la puerta y haciendo justamente eso lo llenó de rabia. Y de asco. ¡Y una sorprendente sensación... parecida a los celos!

Ella se sentó en uno de los taburetes frente a la repisa que separaba la cocina del salón, con la copa de vino en la mano.

- ¿Qué es lo que quieres? - le preguntó, cruzando las piernas.

Cuando la falda se abrió, mostrando una pierna larga y bien formada, Luke intentó apartar de sí unas imágenes que podrían ser consideradas pornográficas.

- Quiero hablar con usted.

No quería tutearla. Era mejor mantener una actitud fría y reservada.

- Dime - sonrió ella.

«Dime». Era como decir: «Hazme lo que quieras».

¿Habría tentado así a su padre?

Pero la imagen de su progenitor como un mujeriego no hizo nada por aliviar su cólera. Ni imaginarlo como un hombre seducido por aquella desvergonzada sirena.

Pensaba que ya tenía todas las respuestas, pero el aspecto físico de la señorita Gilbert despertaba cientos de preguntas. Una sobre todo.

- ¿Lo amabas? - le espetó abruptamente.

- Eso no es asunto tuyo.

- Yo creo que sí, señorita Gilbert - replicó él -. Mi padre fue a ver a su abogado un día antes de morir. Su intención era traspasarle la propiedad de esta casa, pero murió antes de poder hacerlo. Por lo visto, la había dejado vivir aquí sin pagar alquiler durante unos años y quería dejársela... para que tuviera un techo bajo el que cobijarse.

- Ya veo - murmuró ella. Los ojos verdes brillaban, pero no sabía si de avaricia o de rabia -. Crees que me acostaba con tu padre por dinero, ¿verdad?

- Se me ha ocurrido, sí.

- Ya, claro. Entonces, supongo que no querrás regalarme la casa, ¿no? - preguntó ella entonces, irónica.

- Depende - dijo Luke.

- ¿De qué depende?

Entonces Luke supo la respuesta: no había estado enamorada de su padre. Estaba con él por lo que podía darle.

Era lógico. ¿Por qué si no una chica tan joven iba a tener una aventura con un hombre de más de cincuenta años?

Se preguntó cuánto dinero le habría sacado. Por no hablar de regalos, la clase de regalos que un hombre rico le hace a una amante joven y guapa: joyas, perfumes, ropa interior.

Ella estaría guapísima con un conjunto de seda negra...

Imágenes de carácter pornográfico aparecieron en su mente entonces, sorprendiéndolo. Era increíble el poder que aquella chica tenía para excitarlo... sin hacer nada.

Luke se preguntó qué diría si le ofreciera quedarse con la casa a cambio de ser su amante durante un fin de semana, dándole todo lo que le había dado a su padre. Y más.

Sí, él querría mucho más. Solo tenía treinta y dos años y era un hombre en la cima de su sexualidad, un hombre que no había hecho el amor con su prometida desde...

Luke se sintió culpable al pensar en Isabel, la mujer con la que iba a casarse en quince días, la mujer a la que se había jurado contar siempre la verdad.

¿Qué le estaba pasando?

Aunque no había hecho nada. No se puede colgar a nadie por lo que piensa, especialmente en presencia de la tentación hecha mujer.

La señorita Gilbert movía delicadamente los deditos de los pies, la raja de la falda abriéndose cada vez más mostrándole el muslo... Y mientras tanto lo miraba por encima de la copa como un cazador mira a su presa.

Luke empezaba a entender por qué su padre había caído víctima de aquella chica. Era el demonio en persona.

Tenía que irse de allí, pensó. Pero la curiosidad era más fuerte que el sentido común.

- Depende de que me lo cuente todo sobre su aventura con mi padre - dijo bruscamente.

Ella descruzó las piernas, cubriéndose el muslo desnudo. Cuando dejó la copa sobre la repisa, Luke notó que le temblaba la mano.

- ¿Todo? ¿Cómo que todo?

Le gustaba verla agitada. No sabía por qué. Quizá porque no quería que fuese una fría mercenaria. Si lo era, podía estar metido en un buen lío. Porque si se había acostado con un hombre con edad suficiente para ser su padre solo por dinero, ¿qué podría hacer con él?

Luke nunca había sentido el poder de su lado oscuro de tal forma. Por supuesto, en la universidad había hecho sus locuras, pero desde que volvió a Australia dos años antes no le interesaban las aventuras de una noche. Quería una vida más segura, más tranquila. Quería lo que su padre había tenido.

Y cuando miró de nuevo a la señorita Gilbert, se dio cuenta de que seguía queriendo todo lo que su padre había tenido: la esposa en casa y... aquella otra mujer esperándolo los fines de semana.

Su corazón se aceleró al pensar aquello.

Solo eran pensamientos.. No podía llevarlos a la práctica por muy tentadores que pareciesen. Si lo hiciera, se odiaría a sí mismo.

Pero seguía queriendo saberlo todo sobre la aventura con su padre, para intentar entenderlo, para intentar excusarlo.

- Quiero saber cómo conoció a mi padre, quién dio el primer paso y por qué. Cuántas veces se veían y dónde. Quiero saber si estaba enamorado de usted o solo era sexo. Dígame toda la verdad, señorita Gilbert, y esta casa es suya.

Capítulo 4

CELIA estuvo a punto de abofetearle. Pero entonces vio el dolor en los ojos de Luke y sintió compasión por él.

No debía ser fácil enfrentarse con los errores de su padre cuando acababa de morir de forma trágica.

- Estás muy enfadado con tu padre, ¿verdad? El no parpadeó, pero vio que apretaba la mandíbula.

Estaba más que enfadado, estaba destrozado. Lo había visto en cuanto apartó la silla, en cuanto se sentó en aquella postura rígida, como un juez.

Seguía sin decir una palabra, solo la miraba con aquellos ojazos negros.

- Estás muy enfadado con él, ¿verdad? - repitió. - ¿Tú qué crees? - le espetó Luke entonces, tuteándola -. Era un hombre casado y tú ni siquiera lo querías.

Celia deseó no haber empezado aquello, deseó haberle contado la verdad.

Pero era demasiado tarde. Y había más en juego que la posibilidad de someter a su madre a un interrogatorio. Ella se merecía la casa del lago. No tenía que vivir allí, podría venderla. Sería el pago por sus servicios. Una compensación, por decirlo así.

Y si hacerse pasar por su amante era una pequeña venganza contra Lionel... se merecía cosas peores. Pero no pensaba hacer el papel de fría buscavidas. Su madre no había sido eso en absoluto.

- Te equivocas - dijo entonces -. Yo quería mucho a Lionel. Lo quise más que a nada en el mundo.

¿Cuántas veces había dicho eso su madre? ¿Cuántas veces la hizo sentir celos de aquel hombre?

Luke se asombró de lo convincente que parecía. Y de lo cálidos que podían ser sus ojos.

- ¿Esperas que me lo crea?

- Tú querías la verdad y esa es la verdad.

- Si tú lo dices... ¿Cuándo conociste a mi padre? Celia sé quedó pensativa.

- Pues... yo tenía veintidós años.

Veintidós años y su padre... ¡cincuenta por lo menos!

- ¿Qué edad tienes ahora? - preguntó Luke, intentando no imaginarla en la cama con su padre.

- Veintiséis.

- Hace cuatro años entonces.

- Veo que sabes hacer cuentas. Pero claro, eres arquitecto también,

¿no? Como Lionel.

- Soy hijo de mi padre - replicó él, con cierta ironía.

- En todos los sentidos - dijo Celia.

- ¿Qué quieres decir con eso? - le espetó Luke, con brusquedad.

- Solo que os parecéis mucho.

Perversamente, Luke empezó a pensar que si le había gustado su padre, él también le gustaría. Y si le gustaba el dinero de su padre, también le gustaría el suyo.

- ¿Cómo os conocisteis? - preguntó, desesperado por borrar de su mente aquellos pecaminosos pensamientos.

- En un hotel del valle Hunter. Tu padre había ido a dar una conferencia y yo trabajaba como masajista terapéutica. Lionel me pidió un masaje y el resto... es historia.

Él luchó contra las imágenes que conjuraba aquella historia. No quería entender a su padre. Ni perdonarlo. Pero, ¿qué hombre de sangre caliente no se habría excitado con aquella mujer acariciando su cuerpo desnudo?

- ¿Había bebido?

- Probablemente, habría tomado una copa de vino. A Lionel le gustaba el buen vino.

- ¿Cuándo te enteraste de que estaba casado?

- Me lo confesó a la mañana siguiente.

- ¿Y qué pensaste?

- Me molestó mucho. Pero... - Celia no terminó la frase, como si estuviera insegura. ¿O estaba buscando una excusa?

- ¿Pero qué?

- Me había enamorado de él.

- ¿En doce horas? - replicó Luke, irónico.

- Quizá tú no puedes enamorarte en doce horas. Yo sí.

Aquella vez no parecía tan convincente. Ni siquiera lo miraba a los ojos.

- ¿Y luego qué?

- Le dije que no quería volver a verlo. Pero él insistió durante semanas... y me sedujo de nuevo.

- ¡Por favor! Yo creo que fuiste tú quien decidió seducirlo.

Celia lo miró, sorprendida por la acusación.

- ¿Por qué dices eso?

- Conozco muchas chicas de veintidós años y ninguna de ellas se siente atraída por un hombre de cincuenta. Aunque sea rico y atractivo. A menos que quiera dinero, claro.

Ella se levantó de un salto entonces.

- ¡No pienso escuchar más insultos ni contestar más preguntas

groseras! No merece la pena, ni siquiera por esta casa. Así que para ti... y cree lo que te dé la gana. Me da igual. Yo me marcho.

Luke se levantó también.

- No puedes conducir. Has bebido.

Celia se volvió, con los ojos brillantes.

- Pues entonces vete tú. Porque uno de los dos tiene que marcharse o no respondo.

- ¿Qué quieres decir?

- Mira... No quiero hacerte daño. Me creas o no, sé lo que sientes.

Luke soltó una risita irónica.

- No tienes ni idea de lo que siento. ¡Ni idea! Mi padre era un héroe para mí. Pensé que era perfecto y ahora tú me dices que no solo le era infiel a mi madre, sino que se dedicaba a seducir crías de veinte años...

- ¿Quieres saber la verdad? - le espetó ella entonces -. ¡Tu padre era un canalla! Un canalla egoísta. Y tienes toda la razón. No lo quería, lo odiaba. Le odiaba tanto que no lamenté su muerte. Porque no era yo quien... - Celia se llevó la mano a la boca, horrorizada -. Lo siento. Lo siento, de verdad.

Entonces salió corriendo, pero no hacia la puerta sino hacia la escalera que debía llevar a las habitaciones. Luke oyó un portazo y supuso que iba a refugiarse donde solían refugiarse las mujeres para llorar: en el cuarto de baño.

Nervioso, se pasó la mano por el pelo. No tenía sentido ir tras ella. Tendría que esperar a que bajase.

Pero entonces... entonces la obligaría a decir la verdad.

El sonido de un teléfono lo sobresaltó. Era un sonido suave, musical. Un móvil. Y no era el suyo, que estaba en el coche.

Luke miró alrededor. Allí estaba, sobre la repisa de la cocina. Esperó que su propietaria bajase, pero no lo hizo. Seguramente no podía oírlo desde arriba. Intentaba no prestarle atención, pero no dejaba de sonar y, al final, tomó el maldito aparato y contestó:

- ¿Dígame?

- ¿Puedo hablar con Celia? - escuchó una voz de mujer.

- Lo siento, aquí no hay ninguna Celia.

- ¿Cómo?

- Este es el teléfono de la señorita Gilbert. Jessica Gilbert. Se ha equivocado de número.

- No me he equivocado - dijo entonces la mujer -. Estoy llamando a Celia Gilbert.

Luke hizo una mueca.

- Querrá decir Jessica Gilbert.

- No, Jessica está aquí conmigo. Para eso llamo, para decirle a Celia que su madre quiere que venga a verla.

- ¿Su madre? - repitió él, absolutamente confuso.

- Sí, su madre. Yo soy Helen, hermana de Jessica y tía de Celia. ¿Y quién es usted?

Por fin, las piezas del rompecabezas empezaban a casar. Jessica no era Jessica. Era Celia, su hija. La amante de su padre no era una cría de veinte años, sino una mujer madura.

Aunque prefería que fuese así, no entendía por qué le había mentido.

- Me llamo Luke Freeman.

Al otro lado del hilo hubo una especie de gemido. Evidentemente, la tal Helen sabía quién era.

- ¡Luke Freeman!

- Celia se ha hecho pasar por Jessica, de ahí el malentendido.

- Oh, no - suspiró la mujer.

- ¡No cuelgue!

- ¿Para qué? Supongo que ya te habrás dado cuenta de lo que pasa.

- Me temo que sí. La madre de Celia y mi padre eran amantes - contestó él -. Lo que no sé es por qué Celia me ha mentido. ¿Para qué esta farsa? ¿Se imagina lo que he pensado al creer que mi padre tenía un lío con una chica tan joven? ¡Ya es suficiente con descubrir que tuvo una aventura!

- No te enfades con mi sobrina - le rogó Helen -. Lleva semanas cuidando de la pobre Jessica. Mi hermana ha sufrido una crisis nerviosa desde la muerte de tu padre y, naturalmente, Celia no quería que la disgustases más.

¿Una crisis nerviosa? ¿Qué clase de aventura había tenido su padre con esa mujer?

Luke sacudió la cabeza. Solo había una forma de enterarse. Tenía que conocer a la verdadera Jessica Gilbert.

- ¿Le importa si voy a visitarla?

- Me temo que no es buena idea. Mi hermana no está para ver a nadie.

- No la disgustaré, se lo prometo.

- Si hubieras ido con buenas intenciones, Celia te habría contado la verdad. Te aseguro que ella no apreciaba mucho a tu padre.

- Sí, de eso ya me he dado cuenta.

- Si no te importa que pregunte, ¿cómo has descubierto que tenía una amante? Yo no sé mucho de su relación, pero sí sé que tu padre quería manteneros al margen a toda costa.

Luke le contó su conversación con el abogado.

- Por eso vine, para descubrir quién era la misteriosa señorita Gilbert.

- Ya veo - murmuró Helen -. Entonces no sabes nada de la historia, ¿no?

- ¿Qué quiere decir?

El corazón de Luke se aceleró, esperando otra noticia sorprendente.

- Mi hermana y tu padre fueron amantes durante los últimos veinte años.

Capítulo 5

CELIA por fin dejó de llorar y se enfrentó no solo con su imagen en el espejo, sino con el hecho de que había armado un absurdo lío. Los ojos enrojecidos tenían arreglo, pero ¿cómo podía explicarle al hijo de Lionel su ataque de ira, sus insultos, cuando el pobre acababa de perder trágicamente a su padre?

Quizá podía decir que su amor se había convertido en odio porque Lionel no quiso dejar a su mujer y casarse con ella, que al final se dio cuenta de que no la quería. Que solo la usaba en la cama.

Sí. Quizá podría decirle eso.

Hubiera preferido contarle la verdad. La idea de hacerse pasar por la amante de aquel hombre era repulsiva. Pero, por otro lado, tenía que proteger a su madre y... conseguir la casa.

Decidió entonces no lavarse la cara. Mejor bajar con los ojos enrojecidos. Después de todo, su amante había muerto solo quince días antes. No debía mostrarse fría y tranquila. Ponerse un poco histérica era absolutamente razonable.

Celia abrió la puerta del cuarto de baño y bajó la escalera mirando a un lado y a otro.

Pero Luke no estaba en el salón, sino en el porche, mirando el lago. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y no parecía furioso sino triste, derrotado.

Y eso la hizo sentir compasión. No podía seguir mintiéndole. No se lo merecía, no estaba bien.

Pero decirle que había mentido no iba a ser fácil.

Luke se volvió al oír sus pasos. La miraba con la misma intensidad, pero sin cólera. Y Celia vio entonces por primera vez a Luke Freeman, no al hijo de Lionel.

Era más guapo, su rostro de rasgos más finos. Pero tenía el mentón cuadrado de su padre, con hoyito y todo. Y el pelo de su padre. Fuerte, negro y liso.

El cuerpo también era como el de Lionel Freeman. Alto e imponente, de hombros anchos y caderas estrechas. Estaba guapísimo con el traje oscuro y la camisa blanca. Pero un hombre con su cara y su cuerpo estaría guapísimo de cualquier forma.

Celia sintió un escalofrío.

- Empieza a hacer fresco - dijo, cruzándose del brazos -. ¿Te importa entrar un momento? Quiero decirte algo.

Él se sacó las manos de los bolsillos.

- Si insistes - murmuró, dirigiéndose a la puerta de cristal.

Ella se apartó, pero el brazo del hombre rozó su pecho sin querer y

el roce produjo una especie de corriente eléctrica por todo su cuerpo.

No era el frío. Era pura química. Atracción sexual.

No debería sorprenderla. Luke Freeman era un hombre muy atractivo, la clase de hombre que despierta miradas femeninas cada vez que entra en una habitación.

Pero el último hombre de la tierra por el que querría sentirse atraída. La Madre Naturaleza tenía un perverso sentido del humor, pensó.

Dejando escapar un suspiro, Celia cerró la puerta de la terraza y se acercó a él, de espaldas a la chimenea.

Debía ser seria. Y firme. O inventar alguna excusa. Pero debía contarle la verdad.

Luke levantó la mirada, preguntándose qué más mentiras iba a contarle.

Ya no estaba enfadado con ella. Entendía por qué lo había hecho. Pero sentía curiosidad por saber hasta dónde pensaba llegar para proteger a su madre.

- Tengo que pedirte disculpas - dijo Celia entonces.

- ¿Por qué?

- Porque te he mentido.

Eso sí fue una sorpresa. Hace falta valor para admitir que se ha mentido.

- ¿Sobre qué?

- No soy la amante de tu padre - dijo ella entonces -. Y no me llamo Jessica. Me llamo Celia. Al llegar preguntaste por la señorita Gilbert y esa soy yo. Celia Gilbert. Jessica es mi madre.

- Lo sé - dijo Luke entonces.

- ¿Eh?

- Cuando subiste al cuarto de baño sonó tu móvil y...

- ¿Y tú contestaste?

- Es que no dejaba de sonar.. Era tu tía Helen, preguntando por Celia. Le dije que aquí no había ninguna Celia, pero ella insistió. En fin, te puedes imaginar…

- Ah, ya - murmuró ella, dejándose caer en el sofá. ¿Qué te ha contado?

- Lo suficiente.

Celia se mordió los labios y él se fijó en lo carnosos que eran. Que no fuese la amante de su padre no había disipado los pensamientos pecaminosos.

Había pensado... había esperado...

Luke sacudió la cabeza.

- ¿Qué te ha dicho mi tía Helen?

- Que tu madre está... muy triste - contestó Luke, simplemente.

Pero le había contado mucho más:

«Jessica tenía veintidós años cuando conoció a Lionel. Era una madre soltera con una niña de seis años que daba masajes terapéuticos para ganarse la vida. Vivía en un apartamento diminuto y tenía un coche que era una vergüenza, pero era la mujer más guapa del mundo. Por dentro y por fuera. Pero eso no excusa a tu padre. Él estaba casado y no se lo dijo. A la mañana siguiente, Jessica se había enamorado de él. Mi hermana intentó no verlo más, pero él la llamaba, iba a verla, le llevaba regalos para Celia y le decía que la quería, además de otras mentiras. Al final, estaba tan enamorada de Lionel que no podía pensar en otra cosa. Era una obsesión sexual. Y lo que él quería era tenerla a su disposición, en secreto. Se veían en el apartamento de Jessica hasta que Celia se dio cuenta de lo que pasaba. Incluso creo que la niña hizo una escena un día. Pero, ¿tuvieron la decencia de cortar? No. Después de eso, se encontraban en moteles baratos para que nadie reconociese a tu padre. Y había una cabaña de pescadores en la que pasaban algún fin de semana. Por fin, Lionel construyó una casa y Jessica se fue a vivir allí. Su nidito de amor, la llamaba mi hermana. ¡Un nido de perdición, más bien!»

Claramente, su padre no era bien visto por la tía Helen. Y el comportamiento de su hermana tampoco.

Pero él decidió darle a Celia una versión menos cruda.

- Sé cuánto tiempo ha durado... esta historia. Conozco las circunstancias de tu madre cuando se conocieron y sé que quiso mucho a mi padre.

- ¿Te lo ha dicho mi tía? - preguntó ella, sorprendida.

- No. Helen ha usado más bien palabras como «obsesión sexual». Pero, ¿por qué iba a sufrir tu madre, una crisis nerviosa si no lo hubiera querido de verdad?

Celia lo miró, agradecida.

- Lo quería. Demasiado.

- ¿Por eso te hiciste pasar por tu madre? ¿Porque su estado emocional es muy frágil?

- Sí.

- No querías que hablase con ella.

- Eso es.

- Pero quieres que le regale esta casa.

- Yo creo que se merece... algo. Nunca aceptó regalos caros de tu padre. Lionel le traía algunas cosas, claro, pero eso no es nada comparado con toda una vida de sacrificios. Y mi madre nunca le pidió nada. Lo único que quería era su amor.

- Y veo que tu tía Helen y tú no creéis que lo consiguiera.

- Pues no, no lo creo - dijo Celia.

- ¿Y tu madre? ¿Qué piensa ella?

- Piensa que la quería. Aparentemente, tu padre se lo decía todo el tiempo. Pero los hombres dicen lo que sea para acostarse con una mujer, ¿no?

- No lo sé. Dímelo tú - murmuró Luke, mirándola a los ojos.

Se preguntaba si esa era su experiencia, que los hombres le dijeran que la querían para acostarse con ella. Si lo hacían, casi podría disculparlos.

- Creo que nos vendría bien un café - dijo Celia entonces, levantándose -. ¿Te apetece? O si lo prefieres, queda vino en la nevera.

Él negó con la cabeza. Si empezaba a beber podría hacer algo inapropiado... en lugar de pensarlo.

- Un café me iría bien, gracias. Sin azúcar y sin leche.

Celia fue a la cocina, aparentemente aliviada por poner cierta distancia. Quizá se daba cuenta del deseo que sentía por ella. Y la asustaba. Como a Luke. Nunca había sentido nada así.

Quería dejar de mirarla, pero no era capaz.

- ¿Eres bailarina?

- No. ¿Por qué?

- Por tu forma de moverte. Por tu aspecto.

Ella río, como ríen las mujeres cuando se sienten halagadas y sofocadas al mismo tiempo.

-No soy bailarina, aunque me gusta mucho bailar. Soy fisioterapeuta. Es lo que mi madre quería ser, pero no pudo terminar los estudios. Aunque es una masajista estupenda.

- ¿Y tú? ¿Eres una masajista estupenda?

Celia se encogió de hombros.

- Soy una fisioterapeuta muy eficiente.

Luke tragó saliva al imaginar aquellas manos sobre su cuerpo desnudo.

Gran error porque tuvo que moverse, incómodo, en el sofá.

- ¿Dónde trabajas?

- En una clínica deportiva, en Swansea. La propietaria está de baja por maternidad y, además de los masajes, tengo que llevar la administración.

- ¿Te gusta tu trabajo?

- En general, sí. Aunque no tanto como el que tenía antes. Trabajaba en un hospital, pero acabó deprimiéndome. Aunque quizá vuelva a hacer ese tipo de trabajo cuando sea mayor. Y más dura.

- No creo que tú puedas ser dura - sonrió él.
- Soy más dura de lo que parece, créeme. ¿Quieres algo con el café?
A ti, pensó Luke.
El pensamiento lo hizo apretar los dientes. Debía controlarse.
Pero, ¿cómo se le ordena a la cabeza que deje de pensar, de formar imágenes?
- No hay mucho en la nevera - dijo Celia, mientras él intentaba disimular que estaba devorándola con la mirada -. No me había dado cuenta de que está casi vacía.
- No quiero nada, solo café.
Cuando ella se inclinó para dejar la taza sobre la mesa sin darse cuenta de que, desde su altura, podía verle los pechos... Luke no sabía qué hacer, cruzar las piernas, salir corriendo...
Celia se sentó al otro lado del sofá, afortunadamente.
- Por cierto, Helen ha dicho que tu madre quiere que vayas a verla.
- Iré esta noche.
- ¿Tan mal está?
- Apenas habla, tiene pesadillas... A veces, cuando duerme, grita el nombre de tu padre.
- Ah, ya.
Luke seguía sin poder creer que su padre fue tan egoísta como para destrozar la vida de una mujer.
Pero eso fue lo que hizo, a propósito o no. Podría entender que hubiera tenido una noche de pasión, especialmente si la madre de Celia era tan guapa como ella, pero no debería haber vuelto a verla. El daño que le había hecho a Jessica y a su hija era terrible.
Helen le había dicho que la cortejó incesantemente, llevándole regalos a la niña, haciendo de padre un día para desaparecer después. Era lógico que Celia lo odiase. Seguramente lo habría querido una vez, como cualquier niño sin padre querría a un adulto que se portase de forma cariñosa. Pero cuando se hizo mayor y reconoció la hipocresía, el cariño se convirtió en odio.
- Lo siento - dijo voz baja -. Lo siento mucho. No tengo excusas para lo que hizo mi padre, pero Jessica no es la única persona a la que le hizo daño, ¿verdad?
Sus ojos se encontraron entonces.
- ¿Qué quieres decir? Tu madre no lo sabía, ¿no?
A Luke le sorprendió la pregunta. ¿Lo sabía su madre?
Hasta el momento había pensado que no sabía nada. Le habría roto el corazón saber que su marido la engañaba con otra mujer.
Pero, ¿y si lo sabía? Quizá por eso a veces parecía tan triste, por

eso tenía jaquecas, por eso se quedaba encerrada en la habitación...

No, eso no tenía sentido. Su padre conoció a Jessica cuando él tenía doce años y su madre había tenido jaquecas desde siempre. Y en cuanto a la tristeza, todo el mundo tiene malos momentos. No es posible ser feliz siempre.

- No, ella no lo sabía.

- Como has dicho que mi madre no fue la única que...

- Me refería a ti - la interrumpió Luke -. Mi padre ya no puede disculparse por su comportamiento, pero te hizo daño y yo me siento culpable por ello.

- No, yo... - empezó a decir ella, sujetando la taza con manos temblorosas -. Yo...

No pudo terminar la frase porque tenía un nudo en la garganta y cuando él vio las lágrimas que asomaban a sus ojos, se levantó para consolarla. Al fin y al cabo, era un caballero. Celia lo tomó por las solapas de la chaqueta, sollozando.

El pánico... y algo más, hizo que su corazón se acelerase. ¿Qué debía hacer?

Salir corriendo, le decía el sentido común.

Pero, ¿cómo iba a hacerlo? Celia necesitaba consuelo. Y allí no había nadie más.

Rezando por la salvación de su alma, Luke cerró los ojos y la estrechó en sus brazos.

Capítulo 6

CELIA lo rodeó con sus brazos como si no quisiera dejarlo ir nunca.

Era maravilloso estar así, pensaba, sin dejar de llorar. Qué bien que alguien entendiera lo dolida que estaba, lo frustrada, viendo a su madre tirar su vida por la ventana por culpa de aquel hombre.

Ella nunca lo entendió, especialmente cuando Celia se fue de casa. Le dijo que hiciera su propia vida y no se preocupara de la suya.

Que el hijo de Lionel Freeman la entendiera era asombroso.

Qué amable, qué dulce. Qué... fuerte, pensó entonces sintiendo los músculos del hombre bajo sus manos.

Debía hacer mucho ejercicio, pensó subiendo la mano. Tenía una espalda de hierro.

Entonces él lanzó una especie de suspiro atormentado que la hizo levantar la cabeza, sorprendida.

Sus ojos se encontraron y los del hombre se habían oscurecido.

- No deberías haberme tocado así - dijo Luke levantando su barbilla con un dedo -. Solo soy humano, Celia. Solo soy humano... - entonces buscó su boca, desesperado.

El primer instinto de Celia fue luchar. ¡El hijo de Lionel Freeman estaba besándola!

Pero cuando la lengua del hombre se abrió paso entre sus labios, su corazón dejó de latir.

Dios bendito.

Cuando por fin volvió a recuperar el latido ya no pensó en huir. Solo en rendirse.

Se derritió sobre su pecho, gozando del placer que le daba su lengua. Luke murmuró algo ininteligible y echó su cabeza hacia atrás para besarla en el cuello como una fiera rabiosa.

Celia por fin entendió por qué a algunas mujeres encontraban eróticas las películas de vampiros. Sus gemidos no eran de dolor, sino de placer. De primitivo placer animal.

Cuando con la mano libre él encontró uno de sus pechos, el pezón se endureció. La acariciaba con la mano abierta, rozándola con la dura palma, y la sensación era exquisita.

Luke apartó la mano y Celia gimió, sintiéndose privada. No así cuando él la deslizó entre sus piernas. Entonces lanzó un gemido de placer, abriendo las piernas instintivamente para darle acceso a la lava ardiente que lo esperaba allí. Al principio la acarició por encima de las braguitas, pero luego metió los dedos por debajo del elástico.

Ella nunca había sentido nada así y arqueó la espalda, sintiendo que se acercaba al orgasmo. Nunca, con ningún hombre, le había

ocurrido tan rápido.

De repente Luke se detuvo. Sus ojos se encontraron y aunque los de él parecían atormentados sabía que en los suyos debía haber un brillo de desesperación.

- No te pares - le dijo, casi sin voz.

Él rió, una risa extraña, mientras se levantaba con ella en brazos.

- Tus deseos son órdenes, preciosa. Pero no aquí. Si voy a hacer esto… y eso parece - dijo, llevándola hacia la escalera - van a tener que colgarme por llegar hasta el final.

Subió las escaleras de dos en dos, llevándola al dormitorio donde su padre y su madre habían hecho el amor cientos de veces.

Era amplio, pero casi sin muebles, solo una enorme cama en medio del suelo de madera brillante y una mullida alfombra a cada lado.

Celia había cambiado las sábanas cuando llegó para pasar el fin de semana, incómoda con el olor de la colonia de Lionel.

Si alguien le hubiera dicho entonces que unas horas más tarde estaría a punto de hacer el amor con su hijo en esa misma cama, lo habría llamado loco. Pero allí estaba, en los brazos de Luke, sin respiración, más excitada que nunca en toda su vida, enfebrecida de deseo.

Qué increíble ironía.

Al menos entendía un poco mejor por qué su madre había actuado como lo hizo. Si Lionel la hacía sentir así, debió ser imposible dejar de verlo, casado o no.

Aquel último pensamiento la asustó.

- No estarás casado, ¿verdad? - le preguntó, ansiosa.

Él la miró a los ojos durante unos segundos que le parecieron interminables.

- No. ¿Y tú?

- ¡Claro que no!

Luke sonrió de forma enigmática.

- Claro que no - repitió, tumbándola sobre la cama.

La miró durante unos segundos y después se inclinó para quitarle las braguitas.

Celia se quedó atónita cuando vio qué las tiraba al suelo y empezaba a quitarse la chaqueta. Seguía tumbada, el corazón como un tambor de la jungla, el rostro enrojecido de deseo. Luke se quitó zapatos y calcetines de un tirón.

- Desabróchate el cárdigan - le ordenó, mientras empezaba a quitarse la camisa.

Ella ni siquiera pensó en negarse, aunque le temblaban las manos. Cuando iba a desabrochar el último botón, dudó.

- Ábrelo - le ordenó entonces.

Respirando profundamente, Celia abrió el cárdigan, desnudando sus pechos ante los ávidos ojos del hombre.

Él la miraba y sus pezones se ponían cada vez más duros.

- Ahora, la falda. Pero no te la quites. Ábrela, del todo.

Ella tragó saliva. Nunca había experimentado nada tan perversamente excitante. Aunque Luke solo la estaba mirando.

Se abrió la falda, echándola hacia atrás, mostrando sus piernas y el triángulo de rizos entre ellas.

- Y ahora... abre las piernas - dijo Luke, con voz ronca.

Las piernas. Quería que abriese las piernas…Quería verla, húmeda de deseo por él.

No podía hacerlo. Se moriría de vergüenza.

Pero las abrió y no se murió de vergüenza. Se sentía asombrosamente viva e increíblemente excitada.

Los ojos del hombre brillaban, salvajes, y eso la calentó aún más. Que la mirase no era suficiente. Quería sus manos allí, su boca, su lengua. Solo pensar en ello la hacía perder la cabeza.

- Luke, por favor…

- No tardaré nada - prometió él, tirando al suelo la camisa.

Celia admiró su belleza masculina, el deseo creciendo como una tortura. No solo de ser tocada, sino de tocar a su vez. Estaba deseando pasar las manos por aquel magnífico torso, enredar los dedos en el oscuro vello que se perdía bajo la cinturilla del pantalón... el pantalón que Luke estaba quitándose en ese momento.

Lo observó, con la boca seca, mientras se bajaba la cremallera y lo dejaba caer al suelo. El abultado calzoncillo negro revelaba la fuerza de su deseo y Celia intentó imaginar cómo sería cuando estuviese dentro... Era grande, eso estaba claro.

¿Sería diferente?, se preguntó. ¿El tamaño realmente importaba?

Seguía pensando en ello cuando Luke se inclinó para sacar algo de los pantalones. La cartera. Y de la cartera, un preservativo.

- Solo llevo uno. Tendrá que valer.

Celia se preguntó por qué no se le había ocurrido a ella. Normalmente, era muy insistente sobre el sexo seguro. Asegurarse de que sus novios llevaban preservativo era una prioridad antes de irse a la cama.

Pero la verdad era que a él le hubiera dejado hacerlo sin protección, en el sofá, en el suelo. Sabía que no había riesgo de embarazo porque tendría la regla unos días después, pero el embarazo no es el único problema asociado con el sexo.

Afortunadamente, Luke no estaba tan consumido de pasión como

ella.

¿O sí? Le temblaban las manos mientras se bajaba los calzoncillos.

Y Celia parpadeó al ver lo que había debajo. ¡Era mucho más grande de lo que creía!

Nunca había visto a un hombre poniéndose un preservativo, pero observó a Luke, disfrutando de su cuerpo desnudo, anticipando el placer por llegar. Si aquel hombre no podía satisfacerla, ninguno podría.

Porque ningún hombre lo había hecho. Ni uno.

Pero cuando por fin él se colocó entre sus piernas, Celia tuvo un último y deprimente pensamiento. Quizá ni el tamaño ni sus habilidades como amante valdrían de nada. Quizá no era capaz de llegar al clímax teniendo dentro a un hombre.

Luke metió las manos por debajo de su trasero y tiró de ella hacia arriba. Nada de jueguecitos previos. La penetró, poderosamente, cada una de las salvajes sacudidas haciéndola sentir como un muelle a punto de saltar. Estaba a punto, pensó extasiada. Pero cuando pasaron varios minutos sin llegar el orgasmo, el éxtasis se convirtió en agonía.

Gemía de placer, moviendo la cabeza de lado a lado, su rostro una mueca de frustración. Nunca iba a tener un orgasmo. Nunca.

De repente, Luke se apartó y ella lanzó un gemido de frustración.

- Tranquila - murmuró, colocándola de rodillas sobre la cama. Cuando se puso detrás y levantó su falda, Celia enrojeció. Nunca lo había hecho en esa postura tan lujuriosa...

Pero cuando lo sintió dentro olvidó cualquier escrúpulo.

Era fantástico hacerlo así. Perversa, lascivamente fantástico.

Se mordía los labios de placer para no gritar, sujetando el edredón con las dos manos. Era como si el mundo estuviera girando fuera de control. No pensaba en el orgasmo, no pensaba en nada. Solo en el sexo, en las caderas del hombre golpeando su trasero, en los sonidos crudos, animales.

Explotaron a la vez, pero ella seguía moviendo las caderas.

- Más - murmuró con los dientes apretados cuando los espasmos empezaron a desaparecer -. Quiero más.

Pero no había más. Solo el silencio, roto por los jadeos del hombre. Y los suyos. Luke no movía un músculo, ni ella.

Cuando se apartó fue tan brusco que Celia ahogó un gemido.

- No hay más. Esto ha sido un error, un tremendo error. Perdóname, lo siento... Lo siento.

Cuando se volvió él se había metido en el cuarto de baño y, durante unos segundos, se quedó mirando la puerta, incrédula. Era imposible pensar con tranquilidad cuando su cuerpo seguía vibrando

después de un orgasmo sensacional.

Pero, por fin, la realidad de lo que había hecho se abrió paso entre la niebla de su mente.

¿Cómo había podido acostarse con Luke Freeman unos minutos después de conocerlo?

Ella no era así. Y no se portaba así con ningún otro hombre. Ni hacía el amor en tan... provocativa posición.

Pero había sido maravilloso con él. Y en cuanto al orgasmo... como para perder la cabeza. A pesar de estar sorprendida y avergonzada, también estaba contenta. Evidentemente no los había tenido en otras ocasiones porque... no lo habían hecho bien. Sencillamente, necesitaba al hombre adecuado.

Pero que el hijo de Lionel Freeman fuera ese hombre la dejaba atónita. El destino tenía un perverso sentido del humor.

Entonces oyó que abría el grifo de la ducha y se sintió aliviada. Necesitaba unos minutos más antes de enfrentarse con Luke de nuevo. Y sobre todo, tenía que saber por qué pensaba que hacer el amor con ella era un gran error.

¿Por la rapidez y la impulsividad del encuentro? ¿O por ser quien era? La hija de la amante de su padre.

Quizá no quería que volvieran a verse precisamente por eso.

Pero, ¿cómo podría ella olvidar lo que había pasado? ¿Cómo podría olvidar la pasión, el placer que le daba aquel hombre?

Celia supo que no podría. Quería que volviese a la cama para hacer el amor de nuevo. Pero Luke no parecía tener ganas. Era raro, cuando la mayoría de los hombres saltaría de alegría ante esa oportunidad.

¿Cuál era el problema? Tenía que ser algo más que quiénes eran. Tenía que ser otra cosa...

- Oh, no - murmuró, horrorizada -. Oh, no...

¡Qué estúpida había sido! Un hombre como él, rico, guapo, inteligente, de buena familia... Era imposible que no hubiese alguna mujer en su vida. Quizá no una esposa, pero sí una novia.

Por eso hacer el amor con ella había sido un error. ¡Porque estaba con otra mujer!

Intentaba enfadarse con él, pero no podía hacerlo. Qué raro. Debería estar furiosa, colérica.

Y, sin embargo, lo que sentía era desesperación...

Luke estaba lavándose para volver a Sidney sin rastro de ella.

La idea de que aquella noche se acostase con otra mujer la enfureció. Sentía celos, unos celos locos.

No podía dejar que se fuera así como así. Al menos tendría que decirle la verdad a la cara.

Celia saltó de la cama y se dirigió a la puerta del baño, arreglándose la ropa a manotazos.

Capítulo 7

LUKE apoyó las manos en la pared de la ducha, resoplando. No era mejor que su padre.

Hacer el amor con aquella chica sin contarle la verdad...

Cuando le preguntó si estaba casado, no debería haber dicho que no. Debería haberle dicho que estaba a punto de hacerlo.

Pero entonces no habría tenido ninguna oportunidad con ella, por supuesto. Y quería hacerlo. La deseaba... cómo la deseaba.

Seguía deseándola, tuvo que admitir, al sentir que se excitaba. Una vez no era suficiente.

Abrió el grifo del agua fría pero, a pesar del golpe helado sobre su cuerpo, seguía pensando en ella. En cómo había hecho todo lo que le pedía, cómo había confiado en él.

No debería haberlo hecho. No merecía su confianza.

Cuando se abrió la puerta de la ducha, Luke se dio un susto de muerte. Y allí estaba ella, su némesis, con los ojos brillantes de furia, los brazos cruzados sobre el pecho, el precioso pelo cayendo en cascada sobre su enfadado rostro.

Los botones del cárdigan abrochados de nuevo a toda prisa, en el ojal equivocado. Tenía un morado en el cuello, parcialmente cubierto por los rizos.

- Tienes novia, ¿verdad? Por eso has dicho que era un error, por eso has dicho que lo sientes.

Luke cerró el grifo, haciendo lo posible por mantener su dignidad, aunque era difícil cuando estaba desnudo, helado, y no lo suficientemente... relajado.

- ¿Te importa darme una toalla? - le pidió, con lo que esperaba que fuese un tono serio y digno.

- Toma - dijo Celia, golpeándolo con la toalla blanca en el estómago.

Luke lanzó un gruñido mientras se la colocaba alrededor de la cintura.

- ¿Volvemos al dormitorio? - sugirió, con aparente calma.

- Sí, por supuesto. Volvamos a la escena del crimen.

- Yo no he cometido ningún crimen. Un error sí, pero no un crimen.

- Eso es solo una cuestión de matiz - replicó ella, dándose la vuelta.

Pero cuando entraron de nuevo en el dormitorio, Luke deseó haberse quedado en el cuarto de baño. Porque la cama revuelta le recordó a Celia, con las piernas abiertas para él, tan excitada que simplemente no podía decirle que no.

De repente sintió miedo. Miedo de lo que podría decir para volver a excitarla de nuevo y obligarla a hacer otras cosas que un hombre desea de una mujer.

Pero si volvía a seducirla sin pensar en sus sentimientos no sería mejor que su padre.

Tenía que decirle la verdad. Y rápidamente. Por su propio bien.

- Sí, tengo novia - admitió. Celia no pudo disimular una especie de suspiro -. Lo siento, de verdad. Lo único que puedo decir en mi defensa es que... no sé cómo ha pasado. Solo estaba intentando consolarte cuando te abracé. Como te dije antes, eres preciosa y yo solo soy humano.

Ella se dejó caer sobre la cama, sin dejar de mirarlo.

- ¿Cómo se llama?

- Isabel.

- ¿Vives con ella?

- No.

- ¿Has quedado esta noche con ella?

- No.

Luke vio un brillo de alivio en sus ojos y se dio cuenta de que estaba preocupada porque fuera de una cama a otra. Evidentemente, después de cómo su padre había tratado a su madre, esperaba que todos los hombres se comportasen de la misma forma. Y no se equivocaba. Antes había dicho que los hombres mentían para acostarse con las mujeres...

- ¿Vas en serio con ella? - preguntó Celia entonces.

Él tragó saliva. No quería hacerle daño. Además, ¿para qué iba a decirle que estaba comprometido?

- Llevamos algún tiempo saliendo. La conocí el año pasado.

- Ya veo...

Luke no se había sentido peor en toda su vida. No se atrevía a tocarla, pero quería hacerle saber lo especial que era.

- Lo que ha pasado ha sido... asombroso. Siempre me acordaré de ti. Siempre, de verdad.

- Y yo de ti. ¿Sabes que es la primera vez que tengo un orgasmo con un hombre? - murmuró ella. Luke se quedó mirándola, sorprendido -. ¿No me crees?

- Me extraña. Eso es todo.

Celia se levantó de golpe.

- Será mejor que te vistas. Yo voy abajo.

Cuando salió al porche, tenía los ojos llenos de lágrimas. Sus pensamientos tan tormentosos como sus emociones.

Tenía novia. Una novia que se llamaba Isabel. Seguramente

arquitecto, como él. Una chica superinteligente y sofisticada que jamás admitiría que no había tenido un orgasmo.

Seguramente ella no podía compararse con la tal Isabel. Hasta su nombre era más bonito. El suyo era un nombre vulgar, antiguo. Isabel era nombre de reina.

Celia se miró a sí misma, suspirando. ¿Cómo podía decir que era preciosa? Estaba hecha un asco. Despeinada, la ropa arrugada, sin maquillaje...

Para halagarla, se dijo. Los hombres mienten para conseguir lo que quieren.

Nerviosa, se secó las lágrimas con la palma de la mano y abrochó correctamente los botones del cárdigan, ruborizándose al recordar lo obediente que había sido. Lo... sumisa.

«Ahora, la falda. Ábretela. Del todo». «Y ahora, abre las piernas».

Se le secó la boca al recordarlo y, sin darse cuenta, abrió un poco las piernas. Sujetando la barandilla del porche, pensó en cómo sería tenerlo dentro otra vez.

- ¿Celia?

Ella se dio la vuelta al oír su voz, colorada como un tomate, como si la hubiera pillado haciendo algo indecente.

Luke intentaba no mirarla, pero era una visión tentadora con aquellos rizos despeinados... Hubiera deseado echar su cabeza hacia atrás para besarla en el cuello de nuevo. No podía ver el morado, pero sabía que estaba allí.

Su hierro. Su marca. Su hembra.

La fiera tiranía de sus pensamientos lo sorprendió. Él no era así.

Ojalá no le hubiera dicho que era la primera vez que tenía un orgasmo con un hombre. Ese tipo de comentario despertaba su lado más oscuro.

Saber eso hacía que fuera muy fácil seducirla de nuevo. Solo tenía que tomarla en sus brazos, decirle que pensaba romper con Isabel y besarla como un loco. No podría escapar.

Nervioso, se aclaró la garganta. Definitivamente, había llegado la hora de marcharse.

- Le diré a mi abogado que envíe los documentos de propiedad de la casa a tu madre. Si me das su dirección...

- Espera, voy a dártela.

Luke estaba al lado de la puerta corredera y no se movió. Por un momento, Celia pensó que iba a tomarla en sus brazos de nuevo. No se había movido, pero había algo en sus ojos...

- ¡No te atrevas a tocarme!

- No pensaba hacerlo - se defendió él.

- Entonces, apártate.
Pasó corriendo a su lado y fue al cajón de la cocina para sacar un cuaderno. Estaba inclinada anotando la dirección de su tía Helen cuando el móvil empezó a sonar de nuevo. Estaba a unos centímetros de su mano, pero siguió escribiendo como si nada.
- ¿Por qué no contestas? - le preguntó Luke -. Puede que sea tu novio.
- ¿Mi novio?
- Una chica como tú debe tener admiradores.
- No tengo novio - replicó Celia -. Los hombres han dejado de interesarme.
- Sí, ya.
- Contigo he hecho una excepción porque... porque creí que eras diferente. Pero no es verdad. Sencillamente, eres más listo. Y ahora, si me perdonas...
Celia soltó el bolígrafo y tomó el móvil.
- ¿Dígame?
- Soy Helen.
- Hola, tía Helen... Sí, me han dado el mensaje. Pensaba pasar por allí después de cenar. ¿Te parece bien?
- ¿El hijo de Lionel sigue ahí?
- ¿Qué? Eh... sí, pero está a punto de marcharse.
- ¿Puedo hablar con él un momento?
- ¿Para qué?
- Se me ha ocurrido una idea.
- ¿Qué idea?
- Es sobre tu madre. No quería preocuparte, pero hoy está fatal. Ha decidido que Lionel no la quiso nunca. Una pena que no se hubiera dado cuenta hace veinte años, pero ahora ya no podemos hacer nada.
- Desde luego - murmuró Celia.
- Quizá le haría bien hablar con su hijo. Luke me ha dicho que quería hablar con ella y estoy segura de que no le dirá nada desagradable. Siente curiosidad por conocerla, es comprensible. Y si le dice que Lionel quiso dejarle la casa en su testamento le dará una alegría.
Su tía tenía razón, pero la idea de pasar más tiempo con Luke la sacaba de quicio.
- ¿No te ha dicho que piensa acatar los deseos de su padre y regalarle la casa?
- Ah, eso es maravilloso. ¿Por qué no venís los dos a cenar? John trabaja esta noche y solo estaremos los cuatro, aunque no sé si tu madre querrá salir de la habitación. Os espero alrededor de las nueve,

¿de acuerdo?

- Tengo que preguntarle a Luke.

- Sí, claro.

Celia cubrió el teléfono con la mano.

- ¿Qué tienes que preguntarme?

- Si quieres cenar en casa de mi tía esta noche. Por lo visto, mi madre está más deprimida que nunca y ella piensa que le haría bien hablar contigo.

Él se quedó pensativo.

- Iré con una condición.

- ¿Cuál?

- Que llevemos los dos coches, así podré volver a Sidney después de cenar.

Celia lo miró a los ojos y se dio cuenta de que le daba miedo estar a solas con ella. Miedo.

Era una revelación. Muy tentadora, además. Luke había confesado que la encontraba preciosa y que solo era humano.

Pues también ella era humana.

- Desgraciadamente, eso no es posible. Tendrás que llevarme. Cuando estabas vistiéndote... he tomado otra copa de vino. Es que estaba muy nerviosa.

Era mentira, por supuesto. La primera de muchas, imaginaba. Y tenía miedo. Miedo de lo que podría hacer para meterse en la cama con aquel hombre otra vez. Entendía entonces lo de que «en el amor y en la guerra todo vale». Porque cuando uno se enamora...

Celia contuvo un gemido de angustia. No podía estar enamorada de Luke, era absurdo. No lo conocía de nada, no sabía qué clase de hombre era. Nadie se enamora en dos horas... excepto las tontas románticas como su madre.

Pero entonces, ¿por qué la idea de que volviera con Isabel le parecía tan insoportable?

No solo insoportable. La ponía enferma, la volvía loca.

Eso tenía que ser amor. Tenía que serio.

Era como su madre, pensó entonces. Aparecía el hombre de su vida y se enamoraba como si no tuviera dos dedos de frente. Y haría cualquier cosa por conservarlo. ¡Cualquier cosa!

Cuando miró a Luke lo vio de otra forma. Y su sorpresa inicial se convirtió en resolución. Quizá era como su madre en algunos aspectos, pero no pensaba terminar como ella. ¡Nunca!

Tendría que ser audaz para conseguir lo que quería. Luke no estaba casado. Ni siquiera estaba comprometido. Y no estaba enamorado de la tal Isabel. Si fuera así, se lo habría dicho. O se lo habría notado.

Además, si estuviera enamorado no se habría ido a la cama con ella.

Aunque era un poco cínica con respecto a los hombres y al amor, estaba segura de que Luke no era ese tipo de hombre. El desprecio que sentía por el comportamiento de su padre era auténtico. No, él era un hombre sincero, no un mentiroso.

Debía sentirse locamente atraído por ella para haber hecho lo que hizo. Y si le gustaba tanto con aquella falda vieja y sin arreglar.. cuando la viera con el conjunto verde iba a llevarse una sorpresa.

Y podía hacer muchas cosas con su pelo y su cara. Para empezar, echarse colirio en los ojos y pintarse un poco. Si añadía alguna joya y un poquito de perfume... ¡lo dejaría paralizado!

- ¿De acuerdo entonces? - preguntó, aparentando una tranquilidad que no sentía.

No pensaba pasar el resto de su vida con el corazón roto. Iba a ganarse a aquel hombre. Luke era diferente, estaba segura. Diferente de su padre. Diferente de todos los hombres que conocía.

- Supongo que sí - suspiró él -. No está muy lejos, ¿verdad?

- A diez minutos de aquí - sonrió Celia -. Tía Helen, estaremos allí a las nueve.

- ¿Le digo a tu madre que vienes con él? - preguntó su tía.

- No, mejor no. Conseguí sacarla de la casa rápidamente porque temía que él apareciese. Lionel la convenció durante todos estos años de que su aventura era un secreto de estado.

Luke hizo una mueca. Evidentemente se sentía culpable por no haberle dicho lo de Isabel. Mejor, pensó. Eso demostraba que tenía conciencia. No como su padre.

- Muy bien. Espero que esta visita anime a tu madre.

- Subiré a su habitación para explicárselo cuando llegue. No quiero que vea a Luke antes, ¿de acuerdo?

- Si tú lo dices...

- Es una precaución necesaria, tía Helen. Porque cuando mamá vea a Luke se va a llevar una impresión.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque es igual que Lionel hace veinte años.

Capítulo 8

DÓNDE giro ahora? - preguntó Luke, con cierta brusquedad.

- A la derecha - le indicó Celia -. Después, sigue la carretera. No está lejos, a un par de kilómetros.

Él siguió las instrucciones en silencio, nada contento con la situación. Aunque quería conocer a Jessica Gilbert, la mujer que había mantenido una aventura con su padre durante veinte años, la necesidad de acostarse otra vez con su preciosa hija iba en aumento.

Celia había desaparecido en el piso de arriba después de hablar con su tía Helen, diciendo que iba a arreglarse un poco. Pero una hora más tarde bajó tan guapa y tan seductora que se quedó sin palabras.

El verde era, desde luego, su color. Especialmente aquel verde. No verde lima, sino un verde hoja, suave, que le iba muy bien a su piel clara. La falda era de una tela sedosa que se pegaba a sus curvas y la camisola tenía un escote que habría sido criminal sin sujetador, pero que era demasiado provocativo con él. Llevaba el pelo sujeto en un moño, pero unos cuantos rizos le caían sobre el cuello. El morado parecía haber desaparecido. Maquillaje, seguramente.

Y el maquillaje de Celia era perfecto. Como eran perfectas las sandalias de tacón. Parecía recién salida de las páginas de una revista de moda.

Pero el coup de grâce eran los pendientes.

Más que exóticos. Dorados y largos, tenían unas cadenitas que tintineaban cada vez que se movía. Un sonido perversamente erótico.

Luke la había visto bajar la escalera, hipnotizado. Y cuando llegó a su lado estaba... más excitado que nunca.

Se preguntaba si lo habría hecho a propósito. ¿Por qué razón? Un sádico deseo de venganza, quizá. ¿O estaba intentando seducirlo? ¿De verdad se había tomado esa copa de vino o era un plan para estar a solas con él?

Dudaba que Celia fuera esa clase de chica. Ella no tenía que tontear, solo tenía que... respirar para despertar el deseo de un hombre.

Luke respiró profundamente y después deseó no haberlo hecho. Porque llevaba un perfume delicioso. Olía a vainilla y a él siempre le había gustado la vainilla.

Francamente, no recordaba haber estado tan excitado en toda su vida. Le costaba trabajo concentrarse, incluso conducir. Solo podía pensar en lo que había ocurrido entre ellos... en lo que podría ocurrir. ¿Era eso lo que su padre sentía por la madre de Celia? ¿La encontraba tan sexualmente irresistible que había olvidado todo lo demás? ¿A su

esposa, su sentido de la decencia, del honor?

Luke sacudió la cabeza al pensar que estaba reviviendo el pasado, como si fuera una maldición.

- ¿Te pareces mucho a tu madre? - le preguntó entonces.

Celia volvió la cara para mirarlo, pero él tenía los ojos clavados en la carretera.

- Dicen que sí. Pero yo creo que es mucho más guapa. Además, yo soy más dura - dijo Celia.

¿Era una indirecta eso de ser dura? ¿Estaba advirtiéndole que no se pasara con su madre?

- Debemos estar cerca, ¿no?

- Gira a la derecha cuando pases el puente.

- Vale.

- Aquí es - dijo ella unos minutos después.

Era una casa de ladrillo visto, pero con cierto estilo. Y tejado de teja roja, una construcción clásica.

Luke no era un pedante de la arquitectura. No necesitaba mansiones que valían millones de dólares y podía apreciar la belleza de una sencilla casa familiar como aquella.

- El marido de mi tía Helen trabaja en la central eléctrica - explicó Celia, mientras se dirigían al porche -. Hoy tiene turno de noche, de modo que no cenará con nosotros. Tienen dos hijos, pero ya son mayores y no viven en casa.

- ¿Por qué me cuentas todo eso?

- Por nada. Para que sepas donde estás - contestó ella con una sonrisa. Una sonrisa francamente seductora.

Estaba jugando a algo y a Luke no le gustaba el juego. Como no le gustaba su perfume... tan provocativo. Casi podía saborearlo. El pensamiento despertó una imagen de eso precisamente: saborearla. Por todas partes.

Nervioso, dejó escapar un suspiro. Iba a ser una noche muy larga.

Debía concentrarse en su madre y olvidarse de la hija.

Sí, ya. Como si fuera tan fácil. Su padre le había hecho a la madre lo que él quería hacerle a la hija. ¡Y lo había hecho durante veinte años!

Luke suspiró de nuevo.

- ¿Por qué suspiras tanto? - le preguntó Celia -. ¿No querías conocer a mi madre?

- Sí, pero ahora la situación es diferente. Me siento incómodo.

- No veo por qué. Mi madre no sabe nada de nuestra relación.

De repente, las alarmas empezaron a sonar en el cerebro de Luke.

- Nosotros no tenemos una relación. Nos hemos acostado juntos

una vez. Y no volverá a pasar. Te doy mi palabra.

Celia se puso colorada.

¡Ajá! ¡Entonces estaba en lo cierto, había planeado seducirlo!

No sabía sí eso lo excitaba o lo enfurecía. Porque si pensaba acostarse con él otra vez, sabiendo que tenía novia... entonces lo hacía solo por el sexo. Y la creía otra clase de mujer.

De acuerdo, podía ser una tentación experimentar otra vez lo que había experimentado con él. Eso podía entenderlo. Los orgasmos pueden ser adictivos. Y que un hombre y una mujer tuviesen un orgasmo a la vez era rarísimo.

Él nunca lo había tenido con Isabel. Si aceptaba el hecho de que muchas mujeres fingen el orgasmo para complacer a sus parejas, seguramente no lo había tenido nunca. Y sí, había sido un orgasmo extraordinario, fuera de lo común.

Pero seguía sin ser una excusa, pensaba Luke. Si él podía resistir la tentación, también debía hacerlo ella.

- Precisamente a ti no debería gustarte tontear con un hombre que tiene novia.

- No sé de qué estás hablando - murmuró Celia, pulsando el timbre.

- Sí lo sabes, cielo - replicó él -. Sabes perfectamente de qué estoy hablando. No soy idiota. En cuanto te vi con ese... vestidito tan sexy me imaginé que tenías planes para esta noche. Eso y la patética excusa del vino. No habías tomado otra copa. Solo quieres probar otra vez lo que te he dado esta tarde. ¿Por qué no lo admites en lugar de hacerte la inocente?

Ella se puso colorada hasta la raíz del pelo.

- Mira...

- ¡Y no creas que me he tragado ni por un momento eso de que no querías que te tocase! La verdad es que quieres que te toque. ¡Quieres que te toque por todas partes!

Celia no se había sentido tan avergonzada en toda su vida, ni tan furiosa. Él tenía razón. No quería solo lo que le había dado por la tarde. Quería mucho más. Quería lo que él decía que no tenían: una relación. O la oportunidad para tenerla.

Estaba intentando buscar las palabras para decirle exactamente eso cuando se abrió la puerta y su tía Helen apareció, tan elegante como siempre. No era tan guapa como su madre pero, a los cincuenta años seguía siendo una mujer muy atractiva.

- Hola, tía Helen - la saludó Celia, intentando sonreír -. Perdona que lleguemos un poco tarde. Te presento a Luke Freeman.

Él no parecía tener problemas para sonreír. Ni para darle dos besos a su tía, tan contento.

- Dios mío - murmuró ella, sorprendida -. Celia tenía razón. Te pareces muchísimo a tu padre. Yo no lo conocí, pero he visto muchas fotografías... Pero pasad, pasad.

- Gracias.

La casa no tenía pasillo, de modo que entraron directamente en un salón con una escalera que llevaba al segundo piso.

- Celia, sube a hablar con tu madre. Espero que la visita de Luke la anime un poco - dijo Helen -. Y mientras esperamos, puedo ofrecerte una copa de vino. ¿Tinto o blanco?

- Tinto, gracias - sonrió él, sentándose en el sofá -. Pero tengo que conducir, así que solo puedo tomar una copa.

Su tía sonrió, encantada. Un chico serio y formal, como debía ser.

- Me parece muy bien. No hay nada peor que los irresponsables que conducen después de haber bebido...

Celia hizo una mueca.

- Tía Helen.

- Ay, es verdad. Perdona, Luke. No me daba cuenta.

- No pasa nada. Prefiero hablar claramente. Esa es una de las razones por las que estoy aquí. Para buscar respuestas a lo que pasó entre mi padre y su hermana.

- ¿Qué tipo de respuestas? La verdad es muy simple: tu padre tuvo una amante durante veinte años. Me temo que no hay misterio alguno.

- Es posible, pero yo siempre pensé que mi padre era un marido modelo. Sé que nadie es perfecto, pero no puedo aceptar que era un mujeriego. No me lo creo - dijo Luke -. Como ya no puedo preguntárselo, espero que su hermana pueda ayudarme. Mi madre, gracias a Dios, nunca sabrá lo que pasó, pero yo necesito saberlo. Y, además...

No terminó la frase. Y Celia intuyó porqué.

Su madre bajaba por la escalera con una mano en el corazón, la otra sujetando la barandilla.

Llevaba una simple bata y nada de maquillaje, pero bajo la luz de la lámpara le pareció tan exquisitamente preciosa, tan delicada que se le rompía el corazón. Había perdido mucho peso desde la muerte de Lionel y sus ojos parecían aún más grandes. Sus ojeras le añadían atractivo. Parecía la protagonista de una película melodramática, la hermosa pero loca novia encerrada en una torre durante años, que a veces consigue escapar en medio de la noche.

- Es Luke - dijo Celia inmediatamente, para que no pensara que estaba viendo visiones -. El hijo de Lionel. Ha venido a darte una buena noticia, mamá.

- He oído... la voz de Lionel - murmuró ella -. Y pensé... pensé que

me había vuelto loca - añadió, con los ojos llenos de lágrimas -. Eres igual que él. Hablas igual que él.

Luke se levantó para estrechar su mano.

- Eso dicen. Y su hija se parece muchísimo a usted.

- Sí, es verdad. Se parece mucho.

Celia no se atrevía a dejarlos solos. ¿Y si él decía algo inapropiado, algo que disgustase a su madre más de lo que estaba?

De modo que se quedó, haciendo guardia. Quizá se había equivocado. Quizá no era buena idea que conociese a Luke Freeman. En realidad, egoístamente, solo había pensado en sí misma.

- ¿Cómo te has enterado de mi existencia?

- Mi padre habló con su abogado unos días antes del accidente para decirle que quería dejarle la casa del lago a una tal Jessica Gilbert. Desgraciadamente, murió antes de firmar los papeles y por eso me enteré. Cuando Harvey me dijo que mi padre había pensado dejarle la casa a una amiga... en fin, pensé que tendría que ser algo más que una amiga para regalarle una propiedad tan cara. Así que fui a Pretty Point esta tarde y me encontré con Celia.

Ella hizo una mueca cuando su madre la miró, interrogante.

- Necesitaba descansar.

- Pensé que odiabas esa casa - musitó Jessica.

Celia dejó escapar un suspiro.

- No es la casa, mamá.

Era lo que iba con ella.

- Como estaba diciendo... cuando su hija abrió la puerta pensé que era usted - intervino Luke entonces -. Pero ella me explicó que Jessica Gilbert era su madre. Entonces me di cuenta de que habían sido amantes. La casa tiene el sello de mi padre por todas partes. La construyó especialmente para usted, ¿verdad?

- Sí. Debes odiarme, ¿no? - murmuró ella.

Luke apretó su mano en un gesto que a Celia le pareció de ternura. Era un buen hombre, no se había equivocado.

- ¿Por qué iba a odiarla? Usted no es una buscavidas, sino una mujer normal. Y estoy seguro de que mi padre la quiso mucho.

La expresión de loca esperanza en los ojos de su madre le habría roto el corazón a cualquiera.

- ¿Lo crees de verdad? - preguntó, con voz temblorosa.

- Mi padre era un hombre bueno, un hombre decente - dijo él -. La única razón para que le fuese infiel a mi madre durante veinte años tenía que ser el amor. Tenía que amarla. Lo que no entiendo es por qué no era feliz con mi madre. Y si no lo era, ¿por qué no se divorció de ella para casarse con usted?

Jessica miró a su hija y su hermana antes de mirar de nuevo al hijo de su amante.

- Tu padre... me contó muchas confidencias. Cosas sobre tu madre, Luke. Cosas que no quería que nadie supiera.

- Ya, pero mi padre ha muerto y mi madre también. Necesito saberlo, señorita Gilbert. Necesito respuestas. Mis padres... ¿tenían algún problema sexual o algo parecido?

- Algo así - suspiró ella -. Supongo que puedo decírtelo. Nadie va a contarlo por ahí.

- Claro que no - dijeron Helen y Celia a la vez.

- Tu madre fue... asaltada cuando era muy joven.

- ¿Violada? - preguntó Luke, atónito.

- Me temo que sí. Entonces tenía trece años.

Celia estaba horrorizada. Pobre señora Freeman. Y pobre Luke. Parecía tan angustiado por la noticia...

- Lo mantuvo en secreto durante años. Pero no se puede tener un secreto así y seguir viviendo una vida normal. Lionel pensaba que era virgen cuando se casó con ella porque nunca había dejado que la tocase. Como puedes imaginar, la noche de bodas no fue un éxito. Tu padre me contó que la pobre odiaba todo lo que tuviera que ver con el sexo. Estaban pensando en divorciarse cuando se quedó embarazada de ti y, naturalmente, ya no pudo dejarla.

- Entiendo - murmuró él.

- Cuando naciste, tu madre sufrió una terrible depresión que le duró un año. Y, a partir de entonces, el sexo fue sencillamente imposible. Lionel insistió en acudir a un psicólogo y, por fin, ella le contó lo que pasaba. Después de eso, hizo todo lo posible para ser una buena madre y esposa, pero seguía odiando el sexo. Para ella era una tortura y Lionel... lo pasaba muy mal. En realidad, tu madre se alegraba cada vez que se iba de viaje porque de ese modo no podía... acostarse con él.

Celia se daba cuenta de que Luke estaba luchando contra el impacto de esas afirmaciones. Y ella misma no sabía qué pensar. No creía que Lionel hubiera sido capaz de inventar tantas mentiras.

- Sigo sin entender por qué no se divorciaron unos años más tarde. Por lo que usted dice, habría sido un alivio para mi madre.

Jessica dejó escapar un suspiro.

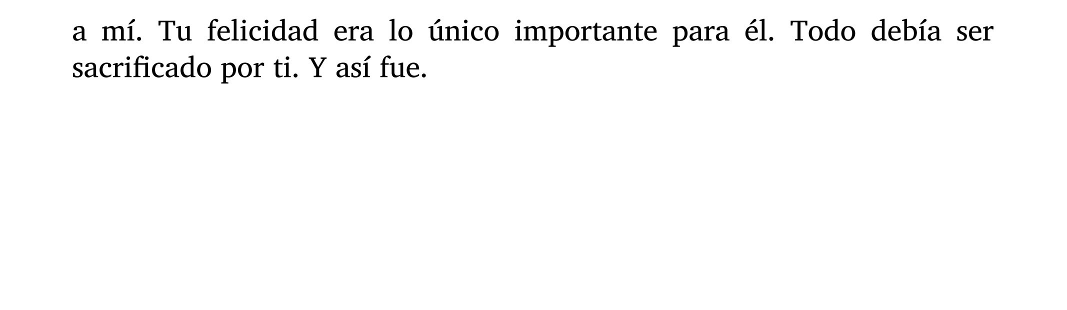
- No lo has entendido, ¿verdad?

- No, lo siento.

- Tú eres la razón por la que Lionel no se divorció de tu madre.

- ¿Yo?

- Tu padre te quería más que a nada en el mundo. Mucho más que


a mí. Tu felicidad era lo único importante para él. Todo debía ser sacrificado por ti. Y así fue.

Capítulo 9

LUKE estaba atónito.

- ¿Lionel no te contó que tu abuelo dejó a su esposa por otra mujer cuando él era un crío?

- No. Me dijo que... había muerto de un infarto cuando él tenía diez años. Y que mi abuela murió de un problema de hígado cuando era muy joven.

- Tu abuelo murió de un infarto, pero hace poco tiempo. Se puso en contacto con tu padre antes de morir, pero Lionel no quiso verlo. Le dijo que, para él, su padre había muerto cuarenta años atrás. Y tu abuela murió de un problema de hígado, es verdad. Pero alcoholizada. Empezó a beber cuando la dejó su marido.

Luke sacudió la cabeza, incrédulo.

- ¿Por qué mi padre nunca me contó nada de esto?

Aquella mujer sabía mucho más sobre su vida, sobre su familia que él mismo. Mantener la existencia de su abuelo en secreto, mentir sobre la muerte de su abuela...

¿Cuántas mentiras había contado su padre?

- Lionel no quería que lo supieras porque le daba vergüenza. La deserción de su padre lo había herido terriblemente. Por eso nunca dejó a tu madre, no quería hacerle a su hijo lo que tu abuelo le hizo a él. Me lo explicó cuando nos conocimos y yo lo entendí. De verdad.

Quizá ella lo entendía, pero Luke no. Podía entender que su padre hubiera hecho un sacrificio por él al no divorciarse cuando era pequeño, pero ¿por qué no lo hizo cuando se fue a la universidad? ¿Cuál era su excusa?

No. La realidad era que Jessica era una víctima de su egoísmo. Para entonces seguramente se habría convertido en una persona muy conveniente. Una mujer guapísima y sexy que podía darle en la cama lo que su esposa no podía y que estaba siempre disponible.

En resumen, la había usado durante veinte años.

Luke sentía vergüenza por su padre. Haberse acostado con otra mujer podría ser justificable en sus circunstancias, pero estar con ella durante veinte años era sencillamente imperdonable.

- Sé lo que estás pensando - murmuró Jessica -. ¿Por qué no dejó a tu madre cuando fuiste a estudiar a Inglaterra? Entonces no te habría afectado tanto.

- ¿Tiene una respuesta para eso?

Ella se encogió de hombros.

- Para entonces yo ya estaba tan acostumbrada que no me atreví a preguntarle. Quizá pensó que era demasiado tarde, quizá tu buena

opinión sobre él seguía siendo lo más importante. Pero la verdad, creo que no quería romperle el corazón a tu madre. Se conformaba con estar más tiempo conmigo, incluso construyó esa casa para mí. Le contaba a tu madre que se iba a pescar y ella lo creía o parecía creerlo.

- Era lógico. A mi padre siempre le gustó pescar.

- En realidad, no. Cuando decía que iba a pescar, estaba conmigo.

Luke entendió entonces por qué su padre había sido tan comprensivo cuando le dijo que ya no le apetecía ir de pesca. Eso fue exactamente hace veinte años, cuando conoció a Jessica. Ella debía ser increíblemente guapa entonces. Seguía siéndolo...

- Quiero pedirle disculpas en nombre de mi padre - dijo, muy serio -. Yo creo que no la trató bien y estoy seguro de que dejarle la casa de Pretty Point era una forma de pedirle perdón. Ya le he dicho a Celia que le enviaré los documentos por correo.

- Gracias, no sabes lo que significa para mí - sollozó Jessica. Luke la abrazó para consolarla. Una tarea mucho más fácil que abrazar a su hija.

- Por favor, no llore.

- A Lionel tampoco le gustaba que llorase.

Y seguro que había llorado mucho durante esos veinte años, pensó él. Su padre se había portado como un canalla. Debería haberla dejado vivir una vida normal, con un hombre que la quisiera y que le diese algo más que algún fin de semana. ¿Qué lo había poseído para actuar así?

Luke miró por encima de su hombro y al ver a Celia supo exactamente qué le había poseído.

Una pasión devoradora.

Y se prometió a sí mismo no dejar que la pasión que sentía por Celia nublara su buen juicio. No volverían a verse después de aquella noche. Nunca más.

- ¿Por qué no acompañas a tu madre arriba para que se vista? - sugirió, en voz baja -. Durante la cena hablaremos. Puede poner verde a mi padre si quiere.

- Yo nunca haría eso - susurró Jessica.

- Bueno, de todas formas vamos a cenar, ¿de acuerdo?

- De acuerdo.

- Venga, pero no tarde una hora como su hija. Si no bajan en diez minutos subiré a buscarlas.

Eso era justo lo que su madre necesitaba. Hablar de Lionel. Desmitificar al hombre al que había idolatrado. Ponerse de luto por él o algo así.

Quizá de esa forma podría curarse.

Celia acompañó a su madre a la habitación y sacó unos pantalones vaqueros y un jersey de cachemir blanco del armario.

- ¿Por qué no te pones esto, mamá?

- Es un chico muy especial, ¿verdad? Igual que Lionel.

Ella levantó los ojos al cielo. Su madre era una romántica. Y lo peor era que se parecía más a ella de lo que había creído.

- Sí, mamá.

- Se parece muchísimo a él - siguió su madre, pasándose el cepillo por el pelo -. Es igual de impetuoso. Hay algo irresistible en un hombre tan impetuoso, ¿verdad, hija?

Celia intentó no pensar en cómo le había ordenado que se desnudara unas horas antes. Porque pensar en eso la hacía desear… que volviera a hacerlo. Y no iba a pasar. Luke lo había dejado claro.

- Sí, mamá.

- ¿Tengo tiempo para pintarme los labios?

- Supongo que sí.

- ¿Y el pelo? ¿Tengo tiempo de arreglarme el pelo?

- Mamá...

- No tardaré nada - la interrumpió ella, sacando las horquillas del cajón. Cinco minutos después, se había dejado el pelo hecho un primor -. ¿Ves? Ya estoy lista. Vamos abajo. Estoy deseando hablar con él. Y mirarlo.

¿Y quién no?, se preguntó Celia siguiendo a su madre, que parecía haber recuperado la alegría.

La cena fue agradable para todos... menos para ella. Solo con mirar a Luke se sentía deprimida. Y más con todas las cosas que su madre sabía de él. Sobre todo, sus cualificaciones académicas y sus triunfos profesionales.

Por lo visto, había sido capitán del equipo de baloncesto del instituto, delegado de curso todos los años, sobresaliente cum laude en la universidad y, encima, ganó una beca para estudiar Arquitectura en Oxford.

Había trabajado con importantes arquitectos en París y Nueva York y desde que volvió a Australia dos años antes trabajaba para la mejor firma de arquitectos de Sidney.

Celia se dio cuenta que esa charla no desmitificaba a Lionel en absoluto, todo lo contrario. Aparentemente era un gran padre que cuidaba bien de su hijo. ¡Y lo peor era que su propia madre hablaba de los triunfos de Luke como si fuera hijo suyo!

- Tu padre se alegró muchísimo cuando volviste a Australia. Le daba miedo que te quedases a vivir en Inglaterra o en Nueva York. No

sabes la alegría que le dio cuando te prometiste con esa chica de Sidney.

Celia levantó la cabeza. ¿Prometido? ¿Estaba prometido?

- Sí, es verdad.

- Si no recuerdo mal vas a casarte muy pronto. A menos que hayas decidido posponer la ceremonia por el accidente...

- No - dijo Luke -. Me caso dentro de quince días. Al principio pensamos retrasar la ceremonia, pero hemos decidido seguir adelante con los planes. Los padres de Isabel se han gastado mucho dinero.

Celia apretó la taza de café con tanta fuerza que estuvo a punto de romperla.

- Tu padre estaba deseando que te casaras. Por lo visto, Isabel es guapísima.

- Es una chica muy guapa. Y una persona encantadora - dijo Luke.

Entonces miró a Celia. Y en sus ojos ella vio una disculpa. Pero no parecía sentirse culpable en absoluto. ¡Asombroso!

No podía creerlo.

Luke estaba prometido. Iba a casarse en quince días. Sin embargo, acababa de hacer el amor con ella.

No, no habían hecho el amor, se corrigió a sí misma. Había sido sexo, nada más. Eso era lo que los Freeman le hacían a las Gilbert. Sexo.

- Y hablando de la boda... la verdad es que tengo muchas cosas que hacer este fin de semana. Así que, si me disculpan... Celia, ¿nos vamos?

- Cuando quieras - contestó ella, con los dientes apretados.

- ¿Vendrás a visitarme alguna vez? - le rogó su madre.

- Creo que no. Mi abogado le enviará los papeles de la casa. Me alegro mucho de haberla conocido y le deseo lo mejor para el futuro, pero creo que es mejor dejarlo así.

Su madre pareció triste, pero resignada.

- Lo entiendo. Siento mucho si te he hecho daño, pero al menos tu madre nunca se enteró. Y quise mucho a Lionel, de verdad.

Cuando Luke se inclinó para darle un beso en la mejilla, Celia tuvo que hacer un esfuerzo para no darle una patada.

Pero no podía hacer nada. Lo único que faltaba era que todo el mundo se enterase de lo que había ocurrido entre ellos.

Tanto el padre como el hijo habían sido infieles a sus mujeres, rompiendo corazones sin ninguna consideración.

Celia sabía que tardaría mucho tiempo en olvidarse de Luke Freeman. Quizá más que su madre en olvidar a Lionel. Porque él estaba muerto y su hijo estaba vivo.

Tenía que asumir que, quince días después, estaría viviendo en Sidney con una tal Isabel, que haría el amor con Isabel, que tendría hijos con Isabel.

Mientras ella se había quedado sola, con el corazón roto.

Capítulo 10

DI ALGO, por Dios bendito - exclamó Luke.

Celia lo miró durante un segundo antes de abrir la puerta del coche. Habían vuelto a la casa de Pretty Point en completo silencio. Su necesidad de decirle cuatro cosas había desaparecido. ¿Para qué? ¿Qué iba a conseguir con eso?

Sin decir una palabra, salió del coche y cerró de un portazo.

- Debería haberte dicho que estoy comprometido, lo sé. No te lo dije porque no quería herir tus sentimientos. Tienes que creerme, Celia.

- ¿Y por qué debo creerte? ¿Porque así te sentirás mejor? Eres un cobarde, igual que tu padre.

- No soy un cobarde - replicó él -. Y tampoco lo era mi padre. He estado pensando en lo que me ha contado Jessica y creo que no soy quién para juzgarlo. Y tampoco lo eres tú.

- ¡Por favor!

- Sé justa, Celia. Ponte en la posición de mi padre. ¿Qué habrías hecho tú? Hizo lo que creía que debía hacer. Puso mi felicidad por delante de la suya. Sabía que no podía romper su matrimonio después de tantos años.

- ¿Y mi madre qué? ¿Has visto cómo está? Tu padre le destrozó la vida.

- Debería haber cortado esa relación mucho antes, desde luego. Pero debió resultarle imposible. También tu madre sabía dónde se metía. Sabía que estaba casado desde la primera noche. Además, estoy seguro de que saldrá adelante. Es más dura de lo que crees.

- ¿Y yo qué? - le espetó ella entonces -. ¿También yo saldré adelante?

- Tú misma has dicho que eras más dura que tu madre.

Los ojos de Celia se llenaron de lágrimas.

- Pues no... Mira, vete. Ve y cásate con tu Isabel. Pero espero que te conozca. Espero que sepa que no la quieres de verdad. Espero que sepa que va a casarse con un hombre que quince días antes de la boda se había olvidado de la lealtad, de la fidelidad... Dime una cosa, ¿alguna vez has sentido con ella lo que has sentido conmigo esta tarde?

Luke no contestó, pero su rostro lo decía todo.

- No, claro - sonrió Celia -. Y seguro que vuelves por más, como tu padre. Al menos él tenía una excusa. ¿Cuál es la tuya? Ni siquiera estás casado todavía. Deberías cancelar la boda hoy mismo.

- No pensarás que voy a dejar a Isabel por ti. No te conozco en

absoluto. Esto que ha pasado... ha sido algo imprevisto. No es lo mismo que sintieron nuestros padres.

- Pues a ellos les duró veinte años - replicó ella.

- ¡Porque tenían una aventura! Tenían la emoción, el sexo, pero no la convivencia diaria. Quizá casados no habrían sido felices...

- Pero eso mi madre no lo sabrá nunca.

Luke dejó escapar un suspiro.

- Te olvidarás de mí.

- No - declaró Celia -. Me he enamorado de ti, Luke. Ya sé que no te lo crees, pero así es. ¡Te quiero, te quiero y te quiero!

- No digas eso - gimió él.

- ¿Por qué? ¿Porque no quieres oírlo? Eres un cobarde, Luke Freeman. Un cobarde miserable. Y no te mereces mi amor. No te mereces el amor de ninguna mujer. Me da pena Isabel porque no sabe lo que se lleva. Me pregunto cuántas noches estarás en la cama con ella pensando en mí. Me pregunto cuánto tiempo estarás casado antes de volver aquí para buscarme.

- No volveré. Te lo prometo.

- Pues mejor. Porque yo no soy como mi madre, yo no tengo ni su paciencia ni su resignación. Si vuelves aquí, no aceptaré solo tu cuerpo. Solo aceptaré tu alma. Y una vez que sea mía, te destruiré.

Luke se quedó lívido.

- Por eso no voy a volver. No puedo soportar estas... historias. Quiero paz en mi vida, no una loca que me diga que se ha enamorado de mí y que después me amenace con machacarme. ¿Tú crees que me quieres? Pues te equivocas. Si me quisieras tendrías compasión de mí. ¿Tú sabes lo que he pasado estas dos semanas? ¿Sabes lo que es enterrar a tus padres, a los que no pude ver siquiera en el hospital porque estaban destrozados? Asistir al funeral conteniendo las lágrimas porque se supone que los hombres no lloran... - Celia vio, horrorizada, que los ojos del hombre se llenaban de lágrimas -. Pero he tenido ganas de llorar. Sigo teniéndolas cada vez que lo pienso. Mis padres mueren en un accidente y luego me entero de que mi padre ha tenido una amante durante veinte años, que no era el héroe que yo creía... ¿Puedes imaginar lo que sentí al saber que el hombre al que había idolatrado durante treinta años cometió tantos errores? ¿Puedes imaginar lo que he sentido al verte en esa casa, pensando que tú eras su amante? ¿Una cría que podría ser su hija? Pero tú no me dijiste la verdad, no. Tú tenías que buscar venganza. Me hiciste creer a propósito que mi padre no era más que un mujeriego. Y yo no te había hecho nada, Celia. Yo soy tan víctima como tú.

Los remordimientos la estaban matando. Tenía razón. Luke tenía

razón.

- Lo siento, de verdad. Solo quería...

- Proteger a tu madre, ya lo sé. Pues es una pena que no hubieras pensado también en el resultado de tu charada. Porque en cuanto pensé que habías sido la amante de mi padre, empecé a desearte para mí. Y sigo deseándote como un loco. Pero no es amor, cariño. Es sexo, puro sexo. Al menos yo conozco la diferencia. ¿Qué hago, Celia? ¿Me marcho o vuelvo contigo al nido de amor de mi padre y bajamos los dos al infierno? Tú eliges.

Ella lo miró, con el corazón acelerado.

- ¿Qué quieres decir?

- Exactamente lo que he dicho. Te deseo como no he deseado a ninguna mujer en toda mi vida. Te deseo de todas las maneras posibles. No te quiero y no pienso aparentar que es así. ¿Quieres mi alma? Es tuya, junto con mi cuerpo. Para ti, querida. Estoy cansado de hacer lo que debo hacer. Estoy cansado de todo.

Celia supo que estaba atormentado y sintió el anhelo de protegerlo, de tomarlo en sus brazos y hacerle ver que no era solo sexo. Podía amarla, solo tenía que permitírselo a sí mismo.

No amaba a Isabel. Luke no era el tipo de hombre que engaña a la mujer que ama. Y se daría cuenta, con el tiempo.

Pero no tenían mucho tiempo.

- ¿Cuándo tienes que volver a Sidney?

- ¿Qué tiene eso qué ver?

- Dijiste que no habías quedado con Isabel esta noche. ¿Y mañana por la noche?

- No me espera hasta el lunes. Cree que estoy revisando mi infancia y hablando con el espíritu de mi padre. ¡Qué ironía!

- Yo no creo que lo sea - murmuró Celia -. Eso es exactamente lo que has estado haciendo.

Luke soltó una carcajada amarga.

- Seguro que mi padre está orgulloso de mí. Vamos a la cama. Eso es lo que quieres, ¿no? - preguntó, mirándola retadoramente a los ojos.

No, pensó Celia. Así no. Pero si lo dejaba ir...

Tenía un fin de semana. Un fin de semana para mostrarle lo que podían ser el uno para el otro.

- Sí - murmuró, sabiendo el riesgo de lo que iba a hacer.

- Y no quieres que me vaya por la mañana, ¿verdad? Quieres que me quede todo el fin de semana.

- Sí - contestó ella.

- Vale, pero no me digas que me quieres. No quiero sentirme más

culpable de lo que me siento. Este fin de semana solo te necesito a ti, desnuda en la cama. ¿Puedes hacerlo?

Luke sabía que estaba siendo cruel y se odiaba a sí mismo por ello. Pero no podía parar.

Celia había puesto su vida patas arriba y le obligaba a hacer cosas que no quería hacer. Celia, que lo esperaba con la puerta abierta. En su rostro ya no había furia y estaba preciosa a la luz de la luna.

En ese momento, Luke abandonó toda esperanza de resistir la tentación.

- ¿Por qué he tenido que conocerte ahora? - murmuró, tomándola en sus brazos -. ¿Y por qué tienes que ser tan preciosa?

No esperaba una respuesta porque estaba besándola antes de que ella hubiera podido despegar los labios.

Sus lenguas se encontraron y, a la vez, lanzaron un gemido. La apretaba con fuerza contra su pecho; el deseo de hacerle el amor allí mismo, casi irresistible.

Pero el deseo despertó un recuerdo desagradable.

- Maldita, sea, no tengo más preservativos. ¿Tienes tú?

- No, pero...

- ¿Pero qué?

- Yo ahora mismo no los necesito. Soy donante de sangre y estoy perfectamente sana. Y no me he acostado con nadie en meses.

- Yo también estoy perfectamente sano, te doy mi palabra. ¿Y el embarazo?

- Este fin de semana no hay ninguna posibilidad.

Cuando la miró a los ojos, pensó que estaría loco si creyera a una mujer que le había dicho que lo amaba unas horas después de conocerlo. Pero debía estarlo porque confiaba en ella.

¿O solo quería confiar? ¿Su sensatez estaba desapareciendo ante la idea de hacerle el amor durante todo el fin de semana sin protección, pudiendo quedarse dentro de ella hasta que estuviera listo para empezar otra vez... y otra y otra?

La placentera perspectiva era, sencillamente, demasiado.

- Muy bien. Vamos antes de que cambie de opinión.

Casi soltó una carcajada ante la ironía de lo que acababa de decir. ¿Cambiar de opinión? No lo detendría ni una bomba.

- Luke...

- Espero que no cambies de opinión a última hora.

- No - dijo Celia, con los ojos brillantes. Estaba tan excitada como él. Demasiado excitada para pensar con claridad.

¿Era esa la pasión que sus padres habían compartido? Si así era, explicaba muchas cosas. El engaño de su padre, la resignación de su

madre...

- No deberías aceptar la palabra de un hombre. Como has dicho antes, los hombres mienten para acostarse con las mujeres. Y mentirían mucho más para conseguir lo que tú ofreces.

- Tú no eres un mentiroso - dijo ella entonces, con tal seguridad que lo dejó helado.

- Hace un minuto me has llamado cobarde.

- Estaba enfadada contigo.

- ¿Y ya no lo estás? - preguntó él, apoyándola sobre la puerta, su erección a punto de explotar.

- Ahora te entiendo mejor.

- Pues yo no te entiendo, Celia Gilbert. Y no quiero hacerlo. Solo quiero...

- Llevarme al infierno contigo.

- Eso es, exactamente.

- Imposible. Porque antes yo pienso llevarte al cielo - dijo Celia, enredando los brazos alrededor de su cuello -. Y pienso tenerte allí durante todo el fin de semana.

Capítulo 11

EL SOL que entraba en la habitación la despertó. Luke seguía dormido a su lado. Intentando no hacer ruido, Celia se apoyó sobre un codo para mirarlo, con el corazón encogido al recordar lo que había pasado el día anterior.

Era irreal. Como un sueño. Como una pesadilla.

El cuerpo desnudo de Luke a su lado era, sin embargo, muy real. Como los sentimientos que evocaba dentro de ella.

Hubiera querido tocarlo, acariciarlo, pasar la mano arriba y abajo por la suave piel para volver a ponerlo grande y duro, para poder colocarse encima y montarlo una vez más.

¿Eso era amor?, se preguntó, ¿Querer hacerle eso? ¿O era solo sexo?, como decía Luke.

La psique femenina, concedió Celia, iba dirigida al amor, a buscar el romanticismo en las relaciones, la ternura, el compromiso.

Pero no hubo nada ni remotamente romántico en su primer encuentro, apoyados contra la puerta. Ni en el segundo, en la alfombra frente a la chimenea. «Primitivo» era la palabra que acudía a su mente.

Pero después Luke había sido muy tierno con ella, disculpándose por su rudeza mientras la llevaba en brazos hasta la habitación. Aunque a Celia no le había importado. Disfrutó tanto como él.

Pero prefería al amante delicado que encontró después, una vez saciado el primer arranque de pasión. Le encantaba cuando se ducharon juntos y él la besaba y la acariciaba por todas partes.

Pero nada podía compararse con lo que le hizo cuando la llevó a la cama. Había prometido llevarlo al cielo, pero era ella la que estaba en el cielo sintiendo su lengua entre las piernas. Había tenido tantos orgasmos que perdió la cuenta y tuvo que rogarle que parase.

Riéndose, él se colocó sus piernas por encima de los hombros. Celia lo miraba, incrédula, mientras se movía con un ritmo lento, voluptuoso, concentrado en lo que hacía… hasta que empezó a moverse con él, levantando las caderas, los músculos internos contrayéndose para apretarlo. Luke gimió entonces y supo que estaba al borde del principio. Un empujón más y caería de cabeza.

Nunca había visto a un hombre llegar al clímax. Así no. Lo encontró terriblemente excitante y sensual.

- Bruja - la llamó él después -. ¿Queda vino en la nevera?

Luke subió una botella de vino blanco y la bebieron juntos directamente de la botella, riendo y tocándose cada vez más íntimamente.

Antes de que se dieran cuenta, estaba encima de él, su desnudez frente a los ávidos ojos del hombre, moviéndose arriba y abajo, con los pendientes llevando el ritmo. Él le echó un poco de vino sobre los pechos y tiró de ella para chuparlo. Y cuando se terminó el vino, frotó sus pezones con el cuello de la botella mientras la acariciaba con los dedos... hasta que gritó de placer.

Por la noche eso le había parecido asombrosamente lascivo y excitante.

Pero no quería pensar en ello.

Y tenía que hacerlo. Tenía que pensar en la clase de mujer en la que se había convertido con Luke Freeman. Una criatura salvaje y desinhibida a la que no importaba nada y cuya habilidad para sentir un orgasmo se había incrementado por mil.

Celia sabía que acostumbrarse a Luke sería muy fácil, estuviera enamorada de él o no.

Su madre había caído presa de una adicción similar con el padre de Luke y por eso nunca pudo romper con él. Lionel era como una droga.

No podía soportar la idea de terminar como su madre. Y podría hacerlo si él se casaba con Isabel.

¿Tendría fuerza de voluntad para decir que no si la quería como amante? ¿Sucumbiría y estaría años esperando que dejase a su mujer?

No. No podía hacerse eso a sí misma. Tenía que detener aquello.

Celia se sentó en la cama y, al hacerlo, oyó el tintineo de los pendientes. Luke había admitido que lo excitaba y aquel día no quería tentarlo, de modo que se los quitó. Aquel día solo quería hablar.

Tenía que levantarse, tenía que vestirse...

- ¿Dónde vas? - preguntó él entonces, medio dormido. Aun así, tenía fuerzas suficientes para acariciar sus pechos.

Celia dejó escapar un gemido. Luke sabía lo que le gustaba. Lo que él le había enseñado por la noche. Y era un gran profesora

- Tengo... que levantarme - murmuró, intentando no prestar atención al placer que le producía que tirase de sus pezones.

- Aún no - dijo él, colocándose encima.

Cuando sintió su erección entre las piernas se puso tensa. No podía pensar en lo que sentiría cuando estuviera dentro. No podía...

Celia intentó apartarse.

- Vale, tranquila. Ten paciencia - sonrió Luke. Ella ahogó un gemido cuando la penetró -. Ya está. ¿Contenta?

¡Pensaba que se movía para que se diera prisa!

Hubiera querido ponerse a llorar. Pero solo pudo lanzar un gemido. Le gustaba tanto...

Él empezó a moverse muy rápido, muy seguido.

- ¿Te gusta así?

- Mmmm... - fue el único sonido que salió de su garganta.

- ¿Y así? - preguntó él, acariciándola entre las piernas, donde a todas las mujeres les gusta ser acariciadas.

- Sí... no, para. No puedo más.

- Me encanta verte así, Celia. Grita de placer, cielo. Déjate ir.. así... así... así... ¡Sí!

De nuevo, llegaron juntos al orgasmo y, el placer fue cegador. Pero pronto terminó y ella volvió a la realidad.

Ya era adicta a Luke. No podía decirle que no. Solo tenía que tocarla y se derretía.

Enfadada consigo misma, se apartó.

- ¡Oye! - exclamó él, sorprendido de que lo empujara sin contemplaciones.

Pero Celia no contestó. Saltó de la cama, se metió en el cuarto de baño y cerró de un portazo.

Luke dejó escapar un suspiro. Sabía muy bien por qué Celia había salido corriendo. Porque se sentía culpable. Como él.

Había intentado olvidarse de su conciencia, había intentado olvidar que estaba prometido con Isabel. Y lo consiguió... cada vez que le hacía el amor. Era difícil pensar en otra cosa una vez dentro de aquel cuerpo caliente y seductor.

Pero la realidad de su prometida estaba ahí. Y era un problema que no podía obviar.

Isabel se merecía algo mejor. Y Celia también.

Se estaba portando mal con las dos.

Pero, ¿cuál era la solución?

De acuerdo, no amaba a Isabel. Pero tampoco amaba a Celia. Como le había dicho, uno no se enamora con tal rapidez. No fue amor lo que lo llevó a su cama por la tarde. Había sido una perversa combinación de cosas: su belleza, su sensualidad, sus lágrimas y su propio dolor por la muerte de sus padres.

Y que no hubiera hecho el amor con Isabel en dos semanas tampoco había ayudado nada.

Pero el factor más importante había sido creer que Celia era la amante de su padre. Su mente masculina se había colocado en un camino de seducción desde que puso los ojos en ella, un camino decadente y pecaminoso que lo había atraído de forma perversa.

Su amenaza de llevarlo al infierno con él había nacido de ese lado oscuro. Pero no la llevó al infierno. Ella lo llevó al cielo, como había prometido. ¡Había resultado ser una amante sorprendente!

Dulce al principio y, al final, encantadoramente lasciva.

Luke oyó el ruido del agua y recordó que se habían duchado juntos por la noche. Dos veces. Ella se había sorprendido cuando tomó el gel y la lavó por todas partes, prestando más atención... a lo que quería prestar más atención. Estaba sorprendida. Evidentemente, su experiencia sexual era limitada.

La segunda vez, sin embargo, fue ella quien tomó el gel de vainilla para masajearlo de una forma íntima. Sobre todo, en cierta parte. Se le encogía el estómago al recordarlo.

Su recién descubierta lujuria lo excitaba muchísimo. Y sobre todo le gustó cuando ella... besó esa parte después. Porque sabía que tampoco lo había hecho nunca. No había hecho muchas cosas, aparentemente.

Al contrario que Isabel.

Luke hizo una mueca. Isabel.

De verdad creía pasarlo bien con ella en la cama. Y así era. Hasta que conoció a Celia.

Pero ya nada volvería a ser igual. No podría volver a acostarse con Isabel sin pensar en Celia, sin querer que fuese Celia.

Sintiera lo que sintiera por ella, había arruinado la idea de casarse con Isabel. Lo único que podía hacer era cancelar la boda. Y cuanto antes mejor. Aquel mismo día.

Luke saltó de la cama, mirando alrededor. ¿Dónde estaba su ropa?

Abajo, recordó entonces. Por todas partes.

Suspirando, bajó la escalera y se vistió, guardando la corbata en el bolsillo de la chaqueta. Después recogió la ropa de Celia, sacudiendo la cabeza al ver las braguitas desgarradas. ¡Qué bestia era!

Pero a ella parecía gustarle. Parecía gustarle todo lo que le hacía. Estaría encantada cuando le dijera que pensaba cancelar la boda.

Pero no Isabel, pensó. Ni sus padres. Buena gente todos ellos. Y le dolía tener que hacerles eso.

Al menos, podía compensar económicamente a la familia por los gastos. Y compensaría también a su prometida.

Pero ningún dinero podría compensar el disgusto que iba a llevarse.

Celia abrió la puerta del cuarto de baño justo cuando Luke llegaba a la habitación con su ropa en la mano. Llevaba una toalla en la cabeza y una bata de satén, pero nada debajo. Sus curvas se marcaban claramente bajo la fina tela.

No le iba a resultar fácil marcharse de allí.

Solo pensar en su inminente retorno... quizá podría volver aquella misma noche.

- Te vas, ¿no?

- Sí, pero...

- No digas nada más - lo interrumpió ella -. No hace falta. Me alegro mucho de que te vayas. Así no tendré que pedírtelo.

Luke frunció el ceño, preguntándose qué le pasaba. Después de todo, aquella era la chica que había prometido tenerlo en el cielo durante todo el fin de semana. La que, supuestamente, estaba enamorada de él.

- Sigues enfadada conmigo por lo de Isabel, ¿no? - preguntó, dejando su ropa sobre la cama.

- No, no es eso - contestó Celia, quitándose la toalla de la cabeza -. Mira Luke, esta mañana me he dado cuenta de que tenías razón. No te quiero. Esto solo es sexo, nada más.

Era curioso que oírla decir eso lo hiciera pensar que era él quien estaba equivocado. No era solo sexo. Era algo mucho más fuerte, mucho más especial. Mucho más raro.

- No voy a ser hipócrita. Lo de anoche me encantó. En serio, me ha abierto los ojos. Me has enseñado a disfrutar y a darle placer a un hombre y te lo agradezco. Pero dado que estás comprometido, será mejor que no vuelva a repetirse. Así que gracias y adiós.

Luke no podía creer lo que estaba oyendo.

- Estás mintiendo.

Ella lo miró entonces, con aquellos ojos verdes tan expresivos. Ventanas de su alma, su asustada y dolida alma.

- ¿Por qué iba a mentir?

Si pensaba que iba a engañarlo con aquella fachada de frialdad, estaba muy equivocada.

- Por orgullo, porque te sientes culpable. Por miedo.

- ¿Miedo?

- Sí. Tienes miedo de que acabemos como tu madre y mi padre.

- ¿No te parecería normal si así fuese? Sería idiota si pensara que vas a romper tu compromiso con Isabel por mí.

- Pues así es - dijo él.

Celia soltó una carcajada.

- Por favor... no insultes mi inteligencia. ¿Por qué ibas a hacer eso? Tú mismo has dicho que no me quieres, que no vas a dejar a tu novia por una chica a la que acabas de conocer. Eres tú el que miente y los dos sabemos por qué. Sencillamente, quieres seguir... acostándote conmigo.

- No, quiero seguir viéndote, Celia. Hay una diferencia.

- No - insistió ella -. Lo siento. No puedo creerlo.

- Pues entonces tendré que hacer que lo creas. Volveré, Celia. Esta

noche.

- Yo no estaré aquí - replicó ella, mirándolo desafiante. Luke casi sonrió. Si no la conociera, se lo habría creído. Pero la conocía. La conocía mucho mejor que a Isabel.

Curioso, ¿no?.

- Sí estarás. Esperándome.

- ¿Porqué estás tan seguro?

- Porque tienes que hacerlo. Igual que yo tengo que volver. Tenemos que estar juntos, es el destino.

- ¿El destino?

- Sí. Tenías razón, era yo el que estaba equivocado. Nos hemos enamorado, Celia. Intentaba decirme que era imposible, pero no se puede luchar contra las emociones. Me he enamorado de ti y tú de mí. Este es el principio de una historia de amor. Si tú quieres.

Celia lo miró, incrédula. Quería creerlo más que nada en el mundo, pero le resultaba difícil creer en la palabra de un hombre

Aunque Luke no era cualquier hombre. Era un hombre excepcional, sensible, profundo. Si no confiaba en él, no confiaría en ninguno. Y nunca tendría pareja, nunca tendría un hombre con el que formar una familia.

Y deseaba formar una familia con él. Sería un padre estupendo, estaba segura.

Tenía que creerlo. Si no, sería una cobarde. Y no lo era.

- Estaré aquí, esperándote - admitió, temblorosa, sabiendo que si traicionaba su confianza nunca se recuperaría.

- Volveré - le prometió Luke, besándola en la mejilla.

Ella lo miró a los ojos.

- Dame un beso de verdad.

- No me atrevo. Tienes un gran poder en los labios, mi amor.

El corazón de Celia dio un vuelco.

- ¿De verdad, Luke? ¿De verdad soy tu amor?

Él la aplastó contra su pecho, buscando sus labios como un loco.

- No te vayas - murmuró Celia después.

- Tengo que irme. No puedo seguir engañando a Isabel. Pero te prometo que volveré esta noche. Si me retrasó por algo, te llamaré. Vamos abajo y dame tu número de móvil.

Celia sabía que debía irse, pero no quería que se fuera.

- ¡Date prisa en volver! - le gritó cuando su coche desaparecía por el camino.

Luke le dijo adiós con la mano.

Capítulo 12

LOS PADRES de Isabel vivían a las afueras de Sidney. Una pareja mayor, habían parecido muy aliviados cuando su hija pequeña encontró un hombre con el que, por fin, quería casarse.

Isabel no parecía una rebelde, pero Luke sospechaba que les había dado más de un problema. Había tenido muchos trabajos y muchos novios, por lo visto, aunque ella creía que sus padres no sabían eso.

Isabel no era una chica que contase sus cosas. Apenas habían hablado de sus anteriores parejas, solo hablaban del futuro. Lo único que sabía sobre sus novios era que, según ella, eran todos unos fracasados y que no creía poder encontrar un hombre con el que quisiera tener hijos. Por eso había decidido casarse con la cabeza, no con el corazón.

Luke no sabía cuál sería su reacción cuando rompiera el compromiso. Por supuesto, se llevaría un enorme disgusto, pero estaba seguro de que no iba a destrozarla. Era una mujer muy fuerte.

Cuando detuvo el coche frente a la casa eran las dos, la hora a la que su madre le dijo que estaría de vuelta. Por lo visto, había recibido la llamada del fotógrafo diciendo que tenía una pierna rota y recomendando a un colega para hacer las fotos de la boda.

Afortunadamente, sus padres se habrían ido a comer fuera, como solían hacer todos los sábados. Y Luke lo prefería, era mejor hablar con ella a solas.

Pero cuando llegó a la casa vio que su coche no estaba en la puerta.

Era raro que Isabel llegase tarde a ninguna parte y se preguntó si el destino estaría conspirando contra él. Cuando la llamó al móvil tampoco contestó, de modo que tuvo que quedarse esperándola. Pasaron veinte minutos hasta que vio su coche entrando en la calle.

Luke empezó a sentir mariposas en el estómago. Odiaba tener que darle esa noticia.

- ¡Luke! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado?

Estaba tan guapa como siempre, pero no tan... serena como siempre. Parecía un poco despeinada y no llevaba los labios pintados. Seguramente lo del fotógrafo la hizo salir de casa corriendo.

- Te he llamado al móvil, pero no contestabas.

- ¿Ah, sí? Debo habérmelo dejado en el estudio del fotógrafo - dijo Isabel, cerrando la puerta del coche -. No sabes qué día he tenido. El fotógrafo de la boda se ha roto una pierna y el colega que me ha recomendado no me gusta nada. Estupendo, pero demasiado moderno. Quiere hacer todas las fotos en blanco y negro, así que le he dicho que

no he elegido un vestido de color rosa palo para que luego parezca blanco. Y encima me dice que debo llevar el pelo suelto... ¡como si yo no supiera qué hacer con mi pelo! De verdad, qué hombre más insoportable.

Luke estaba atónito. Nunca la había visto tan enfadada.

- Isabel...

- Pero claro, ¿qué se puede esperar de un tipo que dice ser artista? Ya sabes, de los que se creen un regalo de Dios para las mujeres. Y encima lleva un pendiente. ¡Será ridículo! A saber cómo van a salir las fotos de la boda, pero francamente, es demasiado tarde para buscar otro fotógrafo - murmuró Isabel, absolutamente frustrada -. Se llama Rafe. Rafe Saint Vincent. Seguro que es un nombre falso. ¡Rafe Saint Vincent! ¡Ja, ja! ¡Será presuntuoso!

Aquel Rafe desde luego había conseguido sacarla de quicio. Y no era fácil sacar de quicio a Isabel. Y encima él tenía que soltar aquella bomba.

Quizá se le notaba en la cara porque ella dejó de hablar y se quedó mirándolo.

- ¿Has dormido con la ropa puesta? Y no te has afeitado. Por cierto, ¿qué haces aquí? Pensé que ibas a quedarte en la cabaña del lago Macquarie hasta el lunes.

- La cabaña ya no está allí. La tiraron hace tiempo.

- Ah, qué pena. ¿Y dónde dormiste anoche, en un hotel? ¿O en una tienda de campaña? - sonrió Isabel, mirándolo de arriba abajo.

- No. Mi padre había construido una casa donde estaba la cabaña. Dormí allí.

- Pero... ¿cómo entraste? ¿No romperías una ventana o algo así?

- No, me abrió una chica.

- ¿Y te dejó dormir allí?

Luke dejó escapar un suspiro.

- Es una historia muy larga. Será mejor que entremos.

- Estás asustándome - murmuró Isabel. Luke la tomó del brazo, pero ella se apartó -. Vas a cancelar la boda, ¿verdad?

- Sí. Lo siento.

- ¿Qué? ¡No, por favor, no me hagas esto! - exclamó Isabel entonces, cubriéndose la cara con las manos.

Por enésima vez en veinticuatro horas, Luke tomó a una mujer llorosa en sus brazos.

- Lo siento, de verdad.

- ¿Por qué? - le espetó ella, agarrándolo por las solapas -. ¿Por qué me haces esto?

- Porque me he enamorado.

- ¡Enamorado! ¿En menos de un día?

- Nadie está más sorprendido que yo, pero es la verdad. Y he venido a decirte que no puedo casarme contigo.

- Pero el amor no garantiza la felicidad, Luke. Pensé que estábamos de acuerdo en eso. Te atrapa y te engaña. De verdad es ciego. ¿Cómo sabes que esa chica es buena para ti? ¿Cómo sabes que no te destrozará la vida? No puedes conocerla en menos de veinticuatro horas, es imposible. Podría estar haciendo un papel, aparentando ser lo que no es. Puede ser una mala persona. Una buscavidas quizá... incluso una delincuente.

Luke se quedó sorprendido por la vehemencia de Isabel. Alguien debía haberle hecho mucho daño en el pasado. Alguien que la engañó. Y aunque la entendía, ya no podía abrazar su visión fría de la vida.

También él creyó que no le interesaban la pasión y el amor. Pero todo había cambiado. Estaba seguro de que cuando hubiera arreglado sus problemas con Isabel, la relación con Celia le daría la paz y la felicidad que estaba buscando. Porque ella también quería eso.

- Celia no es nada de eso. Es una buena persona.

- No puedo creer que seas tan ingenuo. ¡Un hombre como tú!

- No soy ingenuo. Por eso no voy a hacer las cosas aprisa. Pero no puedo casarme contigo. Espero que lo entiendas.

Isabel soltó sus solapas de golpe.

- Quizá sí y quizá no. Yo sigo queriendo casarme contigo. No tengo tiempo para esa tontería que llaman amor.

- Quizá porque nunca has estado enamorada - murmuró Luke.

- Soy una experta en el tema, te lo aseguro. Pero en fin... así es la vida. Estoy segura de que me llamarás. Pero vamos dentro, necesito una copa.

Él la siguió, sorprendido.

- Pero si tú no bebes.

- ¿Cómo que no? - murmuró Isabel, entrando en el salón -. Cuando la ocasión lo requiere, como todo el mundo - añadió, sirviéndose un vaso de whisky que se tomó de un trago.

Luke estaba atónito. Aquella no era la Isabel que conocía. Era otra persona. Incluso hablaba de forma diferente.

- ¿Te encuentras bien?

- Más o menos. ¿Quieres una copa? Él negó con la cabeza.

Con otro vaso de whisky en la mano, Isabel se dejó caer en el sofá. Parecía la protagonista de un film noire, una femme fatale. Si Luke no estuviera loco por Celia, lamentaría romper su compromiso con aquella mujer camaleónica. La vida podría depararle muchas sorpresas con ella.

- Supongo que esa chica... ¿cómo se llama?
- Celia.
- Supongo que será guapísima.
- A mí me lo parece - contestó Luke, sentándose frente a ella.
- ¿A qué se dedica?
- Es fisioterapeuta.
- ¿Y qué hacía en casa de tu padre? ¿Se la había alquilado?
- No, es la hija de su amante.
- ¿Cómo?
- Celia es la hija de la amante de mi padre - repitió Luke. Estaba decidido a contarle toda la verdad. Al menos, se merecía eso.
- ¿Su qué?
- Mi padre tuvo una amante durante veinte años.
- No me lo puedo creer. ¿Tu padre? - exclamó Isabel, inclinándose hacia delante -. Pero si era el mejor marido y el mejor padre que yo había visto nunca. Era una de las razones por las que quería casarme contigo. Porque pensé que también tú serías un hombre de familia.
- Como te he dicho, es una historia muy larga - suspiró Luke.
- Vaya, parece que los Freeman tienen un lado oscuro que yo no conocía.
- Podría ser.
- Ojalá lo hubiera sabido antes - murmuró Isabel.
- ¿Qué quieres decir?
- No, nada. Una broma. Tengo un sentido del humor un poco malvado. Pero cuéntame, cuéntame.
- Espero que no te asustes.
Ella soltó una risita.
- Qué gracioso. No creo que pueda asustarme por nada que tenga que ver con el sexo.
Luke la miró, cada vez más extrañado.
- ¿Te conozco, Isabel?
- ¿Te conozco yo a ti? - replicó ella.
Sus ojos se encontraron y ambos sonrieron.
- Encontrarás a otro hombre.
- Desde luego que sí. Pero no como tú, cariño. Tú eres uno entre un millón. Tu Celia es una chica afortunada y espero que seáis muy felices.
- Gracias. Eso es muy generoso por tu parte. Pero no vamos a casarnos... inmediatamente. Ah, por cierto, le devolveré a tus padres todo lo que se hayan gastado para la boda. Y también te compensaré a ti
Isabel negó con la cabeza, mientras se quitaba el anillo de

diamantes.

- No iba a casarme contigo por tu dinero, Luke. Me alegraba saber que tenías una buena cuenta corriente, pero no era eso lo que me gustaba de ti. Quería esa seguridad para mis hijos.

- No quiero el anillo. Es tuyo. Quédatelo, véndelo, haz lo que te dé la gana con él.

- Si insistes... Pero no lo venderé, es un anillo precioso. Afortunadamente ayer no encontré las alianzas o también habría que devolverlas. Voy por tu tarjeta de crédito.

- Ya me la darás - dijo Luke -. Antes quiero hablar de mis obligaciones económicas.

- ¿Qué obligaciones? - preguntó Isabel.

- Te debo mucho.

- No me debes nada. Nunca he vivido contigo y no tenemos nada a medias. Excepto el dinero que mis padres se han gastado en la boda, no tienes que darme nada más.

- Yo no lo veo así. Dejaste tu trabajo para convertirte en mi esposa, pusiste muchas esperanzas en este matrimonio... Además, casándote conmigo no habrías tenido que preocupante por el dinero nunca más. Por eso quiero compensarte.

- Luke, por favor, no tienes por qué.

- Quiero que te quedes con mi casa de Turramurra. Tienes una llave, ¿verdad?

- Sí, pero...

- La casa es tuya. Además, le diré a mi abogado que ponga algunas acciones a tu nombre. Nada importante, pero suficiente por si alguna vez tienes un problema.

Isabel estaba atónita.

- ¿Puedes permitirte todo eso?

- Mi padre era un hombre muy rico. Y ahora, lo soy yo.

- Ya, pero...

- Llámalo dinero para callar la conciencia, pero por favor no digas que no.

Ella lo pensó un momento y después se encogió de hombros.

- Muy bien. De acuerdo. Sería idiota si no aceptase, ¿no?

- Desde luego.

Isabel sonrió.

- Siempre he sabido que eras un ganador. Pero me habrías gustado más como marido que como... amiguito generoso.

- No sabes cómo lamento todo esto, Isabel. No quería hacerte daño. Eres una chica estupenda, pero cuando vi a Celia...

- Debe ser muy especial, ¿no?

- No te lo imaginas.

- Vale, de acuerdo. Cuéntamelo. Pero quiero detalles. Y no te preocupes, no pienso asustarme por nada.

Se había equivocado. Se asustó. Se sorprendió más bien por la aventura de veinte años que su padre mantuvo con la madre de Celia.

- Sigo sin creer que Lionel tuviese una amante. No parecía ese tipo de hombre. ¿Tú crees que estaba enamorado de ella o era solo un arreglo sexual por los problemas de tu madre?

- No lo sé. Me gustaría pensar que estaba enamorado.

- Pero no estás seguro. Y tampoco lo sabrá nunca esa pobre mujer. Me da pena ella. Debe pensar que ha desperdiciado toda su vida.

Luke asintió.

- Debo confesar que me siento muy desilusionado por el comportamiento de mi padre. Pero, ¿quién soy yo para juzgarlo? Las últimas veinticuatro horas me han enseñado que solo somos seres humanos, con fallos y defectos a montones.

- Desde luego que sí. Si viviéramos dos veces, cometeríamos los mismos errores... una y otra vez.

- ¿A qué te refieres? ¿Te ha pasado a ti, Isabel?

Ella soltó una risita.

- Creo que es demasiado tarde para ese tipo de confidencia, cariño. Además, quiero dejarte pensando en mí como la criatura sensata con la que ibas a casarte.

- ¿No lo eres?

- Lo era contigo.

- ¿Pero no con otros hombres?

- No con alguno. Con uno en particular.

- Ya entiendo...

- No, no lo entiendes - sonrió Isabel -. Nunca lo entenderás. Bueno, voy por tu tarjeta de crédito.

Se levantó antes de que Luke pudiera detenerla, dejándolo pensativo. ¿Qué clase de mujer habría sido con otros hombres? Afortunadamente, volvió antes de que sus pensamientos fueran demasiado lejos.

- Supongo que volverás con Celia, ¿no? - le preguntó, mientras lo acompañaba al coche.

- Antes quiero ir a casa para cambiarme de ropa. Pero sí, volveré con ella en cuanto pueda.

- Conduce con cuidado. Luke...

- ¿Sí?

- Gracias - por la casa y por las acciones. Te lo agradezco. Pero no tenías que hacerlo, de verdad.

- Lo sé. Pero ha sido un placer. Le diré a Harvey que se ponga a redactar los papeles mañana mismo.

- Cuando quieras.

- Cuanto antes mejor. Le enviaré un cheque a tus padres mañana. Y pídeles disculpas en mi nombre. Por cierto, ¿cómo hacemos para cancelar todo lo de la boda?

- Lo haré yo, no te preocupes.

- Afortunadamente, la gente no había empezado a enviar regalos.

- No. Menos mal.

- ¿Y qué pasa con la luna de miel? No me devolverán el dinero - dijo Luke entonces -. ¿Por qué no le dices a tus padres que vayan ellos?

- Estás intentando hacerles la pelota para que no te maten - rió Isabel.

- Por supuesto.

- No es mala idea. A mi madre le encantaría ir a las Seychelles.

- Estupendo. Enviaré los billetes junto con el cheque.

- Eres muy generoso.

- Me siento muy culpable.

- Y así debe ser - sonrió ella.

- Al menos ya no necesitarás a ese irritante fotógrafo.

Isabel levantó una ceja, enigmática.

- Tienes razón. No lo necesitaré.

- Pero tienes que volver por tu móvil - le recordó Luke -. Te lo has dejado en su estudio.

- Sí, claro. Tendré que volver.

- Bueno, me voy. Le prometí a Celia que llegaría lo antes posible.

- Muy bien. Ten cuidado.

- Lo haré.

Luke se marchó con el corazón contento. Todo había ido mejor de lo que esperaba.

Seguramente, también Isabel se enamoraría algún día. Mientras tanto, él se encargaría de que no tuviera problemas económicos.

Pero lo único que le importaba en aquel momento era volver con Celia.

En cuanto llegó a casa subió a ducharse, se puso unos vaqueros, metió algo de ropa en una bolsa de viaje y sacó los billetes del cajón. Después, bajó al estudio de su padre.

Era una habitación grande, muy masculina, con muebles oscuros y estanterías llenas de libros.

Luke se sentó frente al escritorio y pasó la mano por la brillante madera. Nunca lo había visto tan ordenado cuando su padre vivía.

Siempre estaba lleno de papeles, de planos y de revistas. Sobre todo de informática, de vinos y de pesca. Los pasatiempos de Lionel Freeman.

Además de su amante, claro.

Dejó escapar un suspiro mientras abría el cajón donde estaban los cheques y los sellos. Había donado la ropa de sus padres a una organización benéfica, pero tendría que ponerse a mirar los papeles con más detalle. Cuando tuviera tiempo, claro.

Diez minutos después, metía en un sobre el cheque, los billetes y una carta para los padres de Isabel pidiendo disculpas.

Cuando iba a levantarse, recordó algo que ocurrió en su infancia. Un día estaba jugando en el estudio... debía tener unos ocho años y acababa de ver en la tele una película sobre ladrones de guante blanco, así que cuando oyó que alguien entraba se escondió bajo el escritorio. Era su madre y solo estuvo unos segundos pero mientras estaba debajo recordaba haber visto un botón. Cuando su madre salió del estudio, Luke lo pulsó, emocionado. Era un cajoncito secreto.

Aquel día estaba vacío. Volvió a intentarlo un par de veces, pero siempre estaba vacío y, unos meses después, se había olvidado del asunto por completo.

Luke se agachó para pulsar el botón y, como siempre, se abrió el cajoncito. Y aquella vez no estaba vacío. Contenía dos cuartillas de papel. Una carta.

Tomó una de las cuartillas, con el corazón acelerado. La letra era de su padre y empezaba diciendo: Mi querida Jessica.

Entonces dudó un momento. Le habían dicho mil veces que no debía leer el correo ajeno... Pero tenía que leer aquella carta, tenía que saber qué clase de hombre era su padre.

La leyó varias veces, con los ojos llenos de lágrimas.

- Sí, mi padre tenía razón. Eso era lo que debía haber hecho y eso es lo que yo debo hacer.

Guardó la carta en la bolsa de viaje y dejó el sobre para los padres de Isabel en el asiento del coche, pensando echarla al buzón antes de tomar la autopista.

Pero pensando en Celia, se le olvidó. Llevaba una hora de camino cuando recordó el sobre. Y entonces vio el cartel que anunciaba la salida de Gosford. Allí seguro que habría una oficina de correos o algún buzón.

Luke pisó el freno, pero luego decidió que no quería estar más tiempo sin Celia, que podía echar la carta el lunes. Volvió a pisar el acelerador, pero el coche que iba por el otro carril eligió aquel momento para tomar la salida.

Intentó frenar, pero era demasiado tarde. Y chocaron. Ruido de

metal aplastado, cristales rotos, neumáticos chirriando sobre el pavimento, los dos coches deslizándose hacia un lado de la autopista....

Luke ni siquiera tuvo tiempo de ver la cara del otro conductor antes de chocar contra la pared de roca. Y entonces todo se volvió negro.

Capítulo 13

CELIA paseaba, nerviosa, por el porche. De vez en cuando salía de la casa y miraba entre los árboles para ver si veía el BMW azul de Luke.

Pero no había llegado. Y eran las diez.

Le había prometido volver por la noche.

Dieron las once y ni rastro de él. Ni la llamó como había dicho para explicar su tardanza. Ojalá le hubiera pedido el número de su móvil. Buscó en la guía el teléfono de Lionel Freeman, pero no había nadie en casa.

Dieron las doce. Y Celia no podía ni comer, ni ver la televisión, ni dejar de pasear. Ni salir a la puerta para ver si veía los faros del coche.

Pero Luke no iba a volver. Ni aquella noche ni nunca.

Entonces se dio cuenta de cuánto amaba a aquel hombre. Porque la idea de no volver a verlo era tan aterradora que no sabía si podría seguir viviendo. No podía pensar, no podía respirar. Solo sabía que tenía que volver a verlo, como fuera.

- Cásate con Isabel si eso es lo que quieres - murmuró para sí misma -. Pero no me dejes así.

Deja que nos veamos de vez en cuando. Deja que...

Celia no terminó la frase, asustada. ¿Qué estaba diciendo? Era igual que su madre, a quien ella había condenado durante todos aquellos años por ser débil y no tener fuerza de voluntad. Si no había aprendido de los errores de su madre, ¿qué clase de persona era?

Una idiota, desde luego. Locamente enamorada.

Celia empezó a llorar. Lloró y lloró hasta que no pudo llorar más. Por fin, se quedó dormida en el sofá, aún rezando para que Luke volviera, para que tuviese alguna excusa, alguna circunstancia por la que no pudo volver y tampoco pudo llamarla.

Al día siguiente, pensó. Al día siguiente la llamaría.

Se despertó con la luz del sol y alguien tocando suavemente su hombro.

- ¿Luke? - exclamó, antes de abrir los ojos.

- ¿Luke? ¿Por qué pensabas que era Luke? - preguntó su madre.

- ¿Qué? Ah, es que estaba dormida - susurró Celia

Su madre la miró, recelosa. Debía tener un aspecto horrible después de haber llorado tanto. Además, había dormido con la ropa puesta en el sofá.

- ¿Qué haces aquí, mamá?

- Estaba deseando ver esta casa otra vez. Ahora que va a ser mía - sonrió Jessica -. Ya sé que querías descansar un poco, pero pensé que

no te importaría que viniera un rato.

- No, claro. ¿Has venido en tu coche?

- No. Helen no me ha dejado. Pero no sé por qué. Desde la visita de Luke me encuentro mucho mejor. Pero ya conoces a tu tía, se preocupa demasiado por todo.

Celia pensó que ese comentario era un poco injusto. Su tía Helen se había portado de maravilla.

- ¿Te ha traído ella?

- Sí. Se ha ido a comer con John. Pero como hemos visto tu coche en la puerta, pensaba que podrías llevarme a su casa por la tarde.

- Ah, vale.

La idea de que su madre se quedase no le apetecía en absoluto. Solo quería estar sola. Para seguir llorando.

- No quería molestarle.

- No es molestia, mamá.

Jessica dejó escapar un suspiro.

- Sí lo es. He sido un problema desde que Lionel murió y me siento culpable. Pero a partir de mañana no voy a ser un problema para nadie. Volveré a mi casa y dejaré de dar la lata. Aún no es mía, pero a Luke no le importará. Es un chico tan encantador.

Celia pensó entonces que quizá aquella casa nunca sería de su madre. Quizá Luke había cambiado de opinión. Quizá no quería volver a saber nada de las Gilbert y seguía adelante con sus planes de boda como si nada hubiera pasado.

Ese pensamiento la hundió en la miseria. No podía casarse. No podía ser.

- ¿Qué te pasa, hija?

- Nada. Es que...

- No intentes engañarme. Sé que te pasa algo. Además, has dormido en el sofá con la ropa puesta. ¿Crees que no me he dado cuenta?

- No pasa nada...

- Te ocurre algo y tiene que ver con Luke Freeman, estoy segura.

- ¡Oh! Mamá - exclamó Celia entonces, rompiendo a llorar.

- Celia, cariño - murmuró su madre, acariciando su pelo como cuando era pequeña -. ¿Qué te pasa? - entonces vio el morado en el cuello. Celia intentó taparlo, pero ya lo había visto -. Si crees que no sé que es eso, te equivocas. ¿Te lo ha hecho Luke?

Ella se puso colorada.

- Sí.

- ¡Será canalla! ¿Cuándo? ¿Anoche?

- No, por la tarde.

- ¿Por la tarde? ¡Pero si acababais de conocemos!

- Mamá, por favor. Nadie mejor que tú para entenderlo. Fue como lo que te pasó con Lionel. En cuanto me tomó en sus brazos, me volví loca.

- ¿Y por qué te tomó en sus brazos? - preguntó Jessica, intentando contener la rabia.

- Porque estaba llorando.

- ¿Y por qué estabas llorando?

- ¿Qué más da? Estaba disgustada y él también al descubrir que su padre había tenido una amante. Nos consolamos mutuamente y luego nos fuimos a la cama. ¡Y fue maravilloso! Debes recordar como era eso, ¿no, mamá? Por eso tuviste a Lionel en tu cama durante veinte años. Porque no podías soportar la idea de vivir sin él. Pues no yo no puedo vivir sin Luke. El problema es que me dijo que iba a romper su compromiso con Isabel, pero no ha vuelto - lloró Celia -. Ha cambiado de opinión y no ha vuelto. Y yo no quiero seguir viviendo. ¿Sabes lo que es eso mamá?

Las palabras de Celia quedaron colgadas en el aire, como un reto.

- Sí - murmuró su madre -. Sé cómo te sientes. Y pensar que Luke parecía tan bueno... Un caballero. Son todos iguales, especialmente los guapos. Piensan que pueden salirse con la suya en todo. Y el problema es que muchas veces lo consiguen.

- Yo pensé que me quería - sollozó su hija.

- Lo sé, cariño. Lo sé. También yo pensé que Lionel me quería. Pero no es así. No como lo quería yo. Si me quisiera habría roto con su mujer, como Luke habría roto con Isabel. Pero no lo ha hecho.

Entonces alguien llamó a la puerta y ambas mujeres levantaron la cabeza.

- ¿Tú crees ... ? - preguntó Celia, con el corazón acelerado.

- No lo sé. Vamos a ver.

Corrió a abrir la puerta, pero no era Luke sino un policía. Y el corazón de Celia se hundió en un sitio oscuro.

Luke. Le había pasado algo a Luke.

- ¿Señorita Gilbert? ¿Jessica Gilbert?

Ella casi se desmayó de alivio. No iba a decirle que Luke estaba muerto.

- Yo soy Jessica Gilbert - dijo su madre -. ¿Qué ocurre?

- Han intentado localizarla desde el hospital de Gosford, pero no tenían su teléfono - dijo el policía, sacando un cuaderno -. Parece que un amigo de su hija, un tal Luke Freeman, tuvo un accidente de tráfico ayer por la tarde.

Celia se llevó la mano a la boca.

- ¡Dios mío!

- Está vivo, señorita. Pero en la UCI. Y sigue inconsciente.

Ella se sentía aliviada, angustiada, enferma. «Oh, Luke. Oh, Luke. Ibas a volver conmigo, ¿verdad? No debería haber dudado de ti», pensaba.

- Tengo que irme, mamá. Ahora mismo.

- Yo te llevaré - se ofreció Jessica -. Así no puedes conducir.

- Pero...

- Deje que la lleve, señorita - intervino el policía.

Celia no quería decirle que últimamente su madre no podía conducir. Por eso la tía Helen le había confiscado el coche. Pero parecía muy decidida. Las crisis familiares espabilan a cualquiera. Ella había apoyado a su madre unas semanas antes y su madre la apoyaba en aquel momento.

- Gracias, mamá. Voy a lavarme la cara.

Cuarenta minutos después tomaban la salida de Gosford.

- ¿Por dónde tengo que ir? - preguntó Jessica -. Tú conoces esta carretera mejor que yo.

Celia la guió hasta el aparcamiento del hospital. Tuvieron que recorrer interminables pasillos y tomar varios ascensores... y cuando llegaron a la UCI tenía el estómago revuelto.

La enfermera que estaba en recepción era una chica de labios apretados y con muy poco tacto.

- No, el señor Freeman no está muerto - les dijo, de una forma muy poco diplomática -. Tiene conmoción cerebral, varias costillas rotas y un fuerte golpe en el costado derecho.

- ¿Está inconsciente? - preguntó Celia.

- El señor Freeman despertó hace un rato, pero tuvieron que sedarlo de nuevo.

- ¿Podemos verlo?

La enfermera frunció el ceño.

- ¿Son parientes?

- Mi hija es su novia - dijo Jessica.

- ¡Otra novia!

- ¿Cómo que otra novia?

- Se refiere a Isabel, mamá - murmuró ella, al borde de las lágrimas.

- Sí, Isabel - confirmó la enfermera.

El corazón de Celia se encogió aún más. Quizá Luke no volvía para quedarse con ella. Quizá volvía para decirle que había cambiado de opinión e iba a casarse con Isabel.

- ¿Celia? - oyeron entonces una voz femenina -. ¿Eres tú, no?

Ella se volvió, temiendo lo que iba a ver.

Y tenía razón para temer.

- ¿Isabel?

- La misma.

Era preciosa. Elegante, delgadísima, una belleza clásica de ojos azules y cabello como el oro, sujeto en un perfecto moño francés. Llevaba un traje de lino de color beige y una camisola de seda azul cielo, el mismo color que sus ojos.

Celia seguía llevando los vaqueros y la sudadera gris que se había puesto por la noche, cuando empezó a refrescar en el lago. No llevaba ni gota de maquillaje y tenía el pelo revuelto, como casi siempre.

- Me alegro de que la policía te haya encontrado.

- Estaba en casa de mi madre. Ella me ha traído.

- Naturalmente, Celia estaba demasiado alterada como para conducir - observó Jessica.

- Naturalmente - asintió Isabel.

Pero Celia no detectó ni gota de sarcasmo. ¿Qué estaba pasando allí?

Solo había una forma de enterarse. Preguntando.

- Supongo que Luke te ha hablado de mí... de lo que pasó este fin de semana.

- Desde luego. Me dijo que se había enamorado de ti y que no podía casarse conmigo. Al principio me sentó fatal, pero luego me di cuenta de que era lo mejor. Nuestro matrimonio habría sido un desastre.

- Entonces, ¿no estás enfadada? - preguntó Celia, incrédula.

- Bueno, yo no diría eso. Pero soy realista. Luke te quiere a ti, no a mí. Me llamaron a mí porque llevaba en el coche una carta dirigida a mis padres. La policía me localizó y yo tuve que llamar al abogado de Luke para preguntarle cómo te llamabas de apellido. Supongo que usted es su madre, ¿no?

- Así es - dijo Jessica.

- Se parecen mucho. Y antes de que me pregunte, sí, Luke me lo contó todo.

- ¿Todo? - repitió ella, incrédula.

- Casi todo - confirmó Isabel -. Parece que los Freeman no pueden resistirse ante las pelirrojas de ojazos verdes.

Celia estaba sorprendida por el halago, sobre todo viniendo de una de las mujeres más guapas que había visto nunca. Y ex prometida de Luke, además.

- Quiero que sepas que yo... no quería robarte a Luke. Sencillamente, ocurrió así, de repente.

Isabel le dio un golpecito en el brazo.

- Entiendo lo que ha pasado mejor de lo que crees. Bueno, será mejor que me marche. La habitación de Luke es esa de ahí. Y no te alarmes por los moretones. Los médicos dicen que son muy aparatosos.

- Estoy acostumbrada a los moretones - dijo Celia -. Soy fisioterapeuta.

- Ah, es verdad. Luke me lo contó. Cuando salga del hospital podrás darle muchos masajes.

Le sorprendió el brillo travieso en los ojos azules de la joven. El recato solo era una fachada. A pesar del elegante y cuidado exterior, sospechaba que en la cama debía ser una fiera.

Entonces sintió celos, pero decidió que era absurdo. La intimidad que Luke había compartido con ella era el pasado. Era suyo a partir de entonces.

- Isabel...

- ¿Sí?

- Lo siento mucho, de verdad. Estás siendo increíblemente comprensiva, pero sé que debes sentirte fatal.

- Ya me he acostumbrado a la idea. Luke y yo no estábamos enamorados, solo éramos... compatibles. Pensé que era suficiente, pero no lo era.

- Estar enamorado es lo único que importa - intervino Jessica.

- Cada uno tiene su propia opinión - sonrió Isabel -. Celia, dile a Luke que me llame cuando esté mejor. Me ha dado una casa como regalo de despedida y me ha prometido un montón de acciones, así que no sientas pena por mí. Sobreviviré.

Cuando la joven desapareció, Jessica miró a su hija.

- Una chica lista. Parece una mosquita muerta, pero sabe más que tú y que yo.

- Vamos a ver a Luke, mamá.

Celia había dicho estar acostumbrada a los moretones, pero al ver los de Luke se alarmó. Al verlo allí, tumbado en la cama, pálido, su corazón se encogió. Hubiera querido abrazarlo con todas sus fuerzas, pero eso habría sido una estupidez porque tenía varías costillas rotas.

- Tiene un aspecto horrible - murmuró Jessica.

- Me siento fatal - dijo Luke, abriendo los ojos.

- ¡Luke!

- Me has encontrado.

Celia apretó su mano, emocionada.

- Tonto, más que tonto. Espero que no hayas tenido el accidente por ir deprisa.

- No.

- Menos mal.

- Te preocuparías anoche, al ver que no llegaba.

- ¿Preocuparme? Casi me muero - sonrió ella.

- Pobrecita...

- Esta mañana estaba destrozada - intervino su madre -. Cuando el policía llamó a la puerta casi se desmaya.

- Mamá, no exageres.

- Es verdad.

Luke besó su mano entonces.

- ¿Quieres casarte conmigo, Celia?

Ella iba a contestar, pero su madre la interrumpió:

- Acabáis de conocemos. No habéis tenido tiempo suficiente como para tomar una decisión así.

Luke sonrió.

- Qué ironía que precisamente usted diga eso.

- ¿Qué quieres decir?

Él señaló con la mano libre.

- Mi bolsa de viaje debe estar por ahí. Es de color negro.

Celia la sacó del armario.

- ¿Es esta?

- Sí. Ábrela. En uno de los bolsillos encontrarás dos hojas de papel.

- Aquí están.

- Quiero que se las des a tu madre. Es una carta.

- ¿Para mí? - murmuró Jessica.

- Espero que le sirva de ayuda. En todos los sentidos - dijo Luke.

Capítulo 14

MI QUERIDA Jessica...

Ella levantó la mirada, con el corazón a mil por hora.

- ¿Dónde has encontrado esto?

- Estaba en un cajón secreto, en el escritorio de mi padre - sonrió Luke.

A Jessica le temblaban las manos. Tenía miedo de lo que contenían aquellas páginas. Pero nada en el mundo podría impedir que las leyera.

Qué extraño que en todos estos años nunca te haya escrito una carta. No, extraño no. Triste. Triste e imperdonable. Mi comportamiento contigo ha sido imperdonable, querida mía. No sabes cuánto lo siento. Debería haber dejado a Katherine en cuanto te conocí. Supe, esa misma noche, que tú eras la mujer de mi vida.

Pero fui un cobarde. No podía soportar que mi hijo me odiase como yo odié a mi padre. Aunque sé que no es excusa. Y ahora... ahora es demasiado tarde. Katherine se moriría si la dejase, de modo que debemos seguir como todos estos años.

Pero anoche tuve un sueño. Soñé que me moría de repente. Y no puedo dejar de pensar en ello. Así que esta mañana hablé con mi abogado para que redactase un documento de propiedad. Quiero que la casa del lago sea tuya, Jessica. Debería haberlo hecho antes, pero nunca te gustó que te hiciera regalos. Tan independiente, mi querida Jess. Mi valiente y preciosa Jess.

Si pudiera volver atrás en el tiempo... No podemos hacerlo, pero si volviéramos atrás no me habría separado de ti desde aquella primera noche. Habría sido valiente si tuviera una segunda oportunidad. No perdería ni un minuto del regalo que Dios nos dio.

No mucha gente ama como nos hemos amado nosotros estos años. Con el corazón, con el alma, con el cuerpo. Éramos uno solo, cariño, incluso estando separados. Mi primer pensamiento por la mañana era para ti y mi último pensamiento cada noche antes de dormirme era para ti también. Estoy escribiendo estoy como si fuera el pasado, no sé por qué. Ese tonto sueño, supongo. Pero me ha dejado una extraña premonición.

Por eso quería escribirte esta carta, por si acaso el destino me juega una mala pasada y no puedo volver a abrazarte ni a decirte cuánto te quiero. ¿Te lo he dicho suficiente, amor mío? ¿Te he aportado alguna felicidad, además de dolor?

Debo terminar esta carta porque tengo que acudir a una cena pesadísima. Aunque preferiría estar contigo en el porche, mirando el

lago y tomando una copa de vino.

De repente, me siento triste... ¿Te he contado que Luke va a casarse? La verdad es que no estoy seguro de esa pareja. Están demasiado tranquilos, no discuten nunca. Ni se abrazan, ni se besan. ¿Recuerdas cómo éramos nosotros durante los primeros meses? Siempre discutiendo... para poder hacer las paces en la cama. Qué pasión hemos compartido, querida. Qué magia. Esa clase de magia solo ocurre una vez en la vida y, para algunas personas, jamás. Si lo hubiera sabido antes...

Pero no podemos volver atrás, ¿verdad? Al menos puedo decirte que para mí cada momento que he pasado contigo es un tesoro. No me olvides nunca, Jess. Yo nunca te olvidaré, nunca dejaré de amarte. Y por favor, perdóname. Seguro que nos veremos muy pronto, pero hasta entonces quiero que tengas esta carta que echaré al correo mañana a primera hora.

Espero que los documentos de propiedad de tu casa, de nuestra casa, lleguen dentro de unos días.

Con todo mi amor,

Lionel

Jessica acarició la firma, con los ojos llenos de lágrimas.

Luke entendía lo que estaba sintiendo. Él mismo se había emocionado al leer la carta. Y se sintió aliviado porque su padre amó a la mujer con la que había estado durante veinte años.

Esa carta lo decidió por completo. Celia y él no iban a sufrir como su padre y Jessica habían sufrido.

- Tienes razón. Cásate con mi hija. Cuanto antes - dijo ella, con voz temblorosa.

- Lo haré, no se preocupe. Si me quiere... Celia, ¿quieres casarte conmigo?

- Claro que sí - contestó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

- ¿Sin ninguna duda?

- Ninguna.

- Increíble.

- Voy a bajar a la cafetería - dijo entonces Jessica -. Quiero volver a leer la carta de Lionel a solas, si no os importa.

- No nos importa - dijo Luke.

- Tienes que contarme lo que decía - dijo Celia cuando se quedaron solos -. O me moriré de curiosidad.

Cuando se lo contó, fue como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

- Cuánto me alegro de que la hayas encontrado. Ella estaba desolada, creyendo que tu padre no la quiso nunca.

- Lo sé. También yo me siento mejor ahora.

- Aunque es una pena que nunca pudieran vivir juntos. A mi madre le habría encantado tener un hijo de Lionel.

- Por eso nosotros no vamos a cometer el mismo error, señorita - sonrió Luke -. Vamos a casarnos cuanto antes.

- ¿Cuándo? Quiero una boda maravillosa, con un vestido blanco, montones de invitados... Además a mi madre le hará ilusión, ya que ella no pudo casarse.

- ¿Qué tienen las mujeres con las bodas? - se quejó él -. Tardaremos semanas en organizar algo así.

- Pero hasta entonces podemos vivir juntos… cuando salgas del hospital claro.

- Ah, es verdad - sonrió Luke -. ¿Dónde?

- ¿Dónde qué?

- ¿Dónde vamos a vivir?

- Pues... yo tengo un apartamento muy bonito. Tiene todo lo esencial, una bañera, una televisión, una cama...

- Perfecto.

- ¿Y tu trabajo en Sidney?

- Están a punto de renovar mi contrato. Les diré que no lo hagan.

- ¿Así de fácil?

- Así de fácil.

Celia sonrió.

- Me encantan los hombres impetuosos.

- ¿Y los niños?

- ¿Qué pasa con los niños?

- Quiero más de uno.

- Tiene que aprender a pedir las cosas por favor, señor Freeman - rió ella.

- Vale. ¿Cuántos niños quieres tener?

- Yo creo que cuatro es un número adecuado.

- ¿Qué? Eso es más de lo que yo había previsto.

- ¿Tres entonces?

- No, venga, vamos a tiramos de cabeza. Cuatro.

- Pero no durante el primer año - dijo Celia -. El primer año te quiero todo para mí.

- Tiene que pedir las cosas por favor, señorita Gilbert.

- Vale. ¿Puedo tenerte todo primer año?

- Con una condición.

- ¿Cuál?

- Que tomes la píldora. Nada de preservativos.

- Vale.

- ¿Qué tal un beso? - dijo Luke entonces.
- Luke Freeman, se supone que estás convaleciente
- Es asombroso lo que hace un sedante.
- Bueno... pero solo un besito.
Sus bocas se encontraron, suave, tiernamente.
- Te quiero, Celia.
- Yo también te quiero.
- Pon la cabeza aquí, en la almohada.
Ella lo hizo, cerrando los ojos cuando su nariz tocó la mejilla del hombre. Así se despertarían cada mañana, pensó.
- Sé que la gente pensará que estamos un poco locos - susurró él -. Y yo también lo pensaba hasta que leí la carta de mi padre. Hizo que me diera cuenta de lo importante que es vivir cada día. ¿Quién sabe lo que puede depararnos el futuro? Por eso decidí volver y obligarte a que te casaras conmigo.
- ¿Obligarme?
- Pedirte que te casaras conmigo - sé corrigió Luke.
Celia sonrió.
- Eso está mejor. Aunque me gusta que seas mandón... en la cama.
- ¿Ah, sí'?
- Sí.
- Lo recordaré.
- ¿Luke?
- Sí, cariño.
- Me cayó bien Isabel.
- A mí también me caía bien.
- Quiere que la llames cuando estés mejor.
- Lo haré. Ah, por cierto, le he regalado mi casa de Turramurra, por eso no podemos vivir allí. Y pienso regalarle también algunas acciones. Espero que no te importe.
- No me importa en absoluto. Pero el dinero no lo es todo. Quiero decir… me da pena lo que ha pasado. Yo creo que está triste, pero no quiere admitirlo.
- No estaba enamorada de mí, Celia. No te preocupes, sobrevivirá.
- Eso es lo que ella ha dicho.
- Y tu madre también sobrevivirá.
- Eso espero. Pobre mamá...
- No digas eso. Ha vivido un gran amor, algo que mucha gente no tiene la suerte de disfrutar.
- Nosotros también hemos tenido suerte, ¿verdad?
- Sí.
- Espero que Isabel también encuentre al amor de su vida.

- Yo también.
- Eres un buen hombre, Luke Freeman. Y serás un gran padre.
- Eso espero. He tenido un buen ejemplo.
- Sí... - asintió Celia -. Aunque no me gusta admitirlo, Lionel fue un buen padre para ti. ¿Sabes una cosa? Cuando era pequeña solía imaginar que era mi padre.
- ¿Quién era tu padre biológico? ¿O no lo sabes?
- Claro que lo sé. Un compañero de clase de mi madre. Me tuvo con dieciséis años la pobre. El chico no quería saber nada y mis abuelos querían que abortase, pero mi madre es una mujer muy independiente, así que se fue de casa. Y desde entonces trabajó como masajista para poder mantenerme - explicó Celia.
- Una mujer de recursos, tu madre.
- Desde luego. Yo nunca conocí a mi padre... supongo que por eso era tan vulnerable a las atenciones del tuyo. Me parecía un hombre maravilloso.
- Era maravilloso.
- Si tú lo dices, cariño - sonrió ella -. Yo no lo conocía bien. ¿Sabes una cosa? Cuando tengamos un niño, Lionel será su abuelo y mi madre su abuela... ¡Será casi como si hubieran estado casados!
- Sí, es verdad. A mi padre le habría gustado eso.
- Es el destino, ¿verdad, Luke? Como tú dijiste.
- Sí, cielo, yo creo que sí. Dame otro besito y baja a la cafetería para ver cómo está tu madre. Dile que te lea la carta, ya verás qué bonita.
Celia bajó a la cafetería y encontró a su madre con una expresión más serena que nunca.
- ¿Quieres leerla?
- Me encantaría.
Empezó a leer la carta sin creer demasiado en las palabras de Lionel, pero cuando terminó sus ojos estaban llenos de lágrimas.
- Luke tenía razón.
- ¿Sobre qué, cariño?
- Lionel era maravilloso.
- Desde luego que sí - sonrió su madre -. Era maravilloso.
Pero no tan maravilloso como su hijo, pensó Celia. No. No tan maravilloso.

Epílogo

LUKE dio un salto en la camilla.

- ¡Mujer! - protestó -. ¿Qué ha sido de las manos senadoras? Si tu madre diera masajes como tú, mi padre habría salido corriendo.

- Mi madre da otro tipo de masaje - replicó Celia -. Yo no estoy intentando relajarte, estoy intentando que puedas volver a moverte.

- Anoche me moví mucho, ¿no?

- De eso nada. Te quedaste tumbado mientras yo hacía todo el trabajo.

- Cierto - suspiró Luke -. ¿Crees que podríamos hacerlo otra vez? En la clínica no queda nadie.

- Cállate de una vez, pesado.

Luke sonrió. Solo llevaba una semana fuera del hospital y sabía que Celia estaba haciendo todo lo posible por ayudarlo.

- Hablando de la clínica, la propietaria vuelve dentro de unas semanas y yo no quiero seguir aquí. Pero me temo que tendremos que encontrar otro apartamento, porque el mío viene con el puesto. Lo siento.

- ¿Qué tal si nos vamos a vivir a Sidney? Podríamos quedarnos en la casa de mis padres hasta que la venda.

- ¿Sigues decidido a venderla? Es una casa preciosa.

- Sí, pero yo quiero que tengamos algo que sea solo nuestro. Una casa que diseñemos y decoremos juntos.

- Eso sería maravilloso.

- Pues entonces ya está.

- ¿En serio? - sonrió Celia.

- Claro que sí. Yo puedo trabajar en cualquier parte, no tengo que hacerlo en Sidney. Antes de la boda podríamos comprar un terreno cerca del lago…

- ¡Me encanta el lago!

- Genial. Yo tardaría poco en hacer los planos y pueden construirla mientras estamos de luna de miel. ¿No dijiste que me querías todo para ti?

- ¿Cuánto va a durar nuestra luna de miel?

- ¿Seis meses te parece bien?

- Muy bien - rió Celia, besándolo en la pierna.

- Estupendo. Así podré enseñarte Nueva York y París...

- ¿De verdad?

- Nueva York te va a encantar. Y París. Ah, y Tahití. Podemos empezar la luna de miel en Tahití. Sin movemos más que para bajar a la playa y hacer el amor.

- Suena como un sueño - murmuró ella -. Demasiado bonito para ser verdad.

Luke la miró a los ojos.

- Nada es demasiado bonito para ti, mi amor.

- Si me dices esas cosas, conseguirás lo que quieras de mí.

Él levantó una ceja.

- ¿Conseguiría un cambio en la técnica de masaje?

- ¿En qué estás pensando?

Luke tomó sus manos y las puso sobre... lo que estaba pensando.

- Despacito - murmuró, cuando ella empezó a moverlas.

- ¿Así te gusta?

- Mmmm...

- ¿Y así?

Luke dejó escapar un gemido y Celia se volvió para tomar una botella de aceite aromático.

- Puede que necesitemos esto, ¿qué te parece? Él estaba en el cielo. Siempre estaba en el cielo con su amor.

- Hazme lo que quieras - suspiró, rindiéndose.

- Lo haré, no te preocupes - sonrió Celia -. Haré todo lo que quiera contigo.

Luke cerró los ojos y gozó mientras la mujer que amaba hacía todo lo que quería con él.